

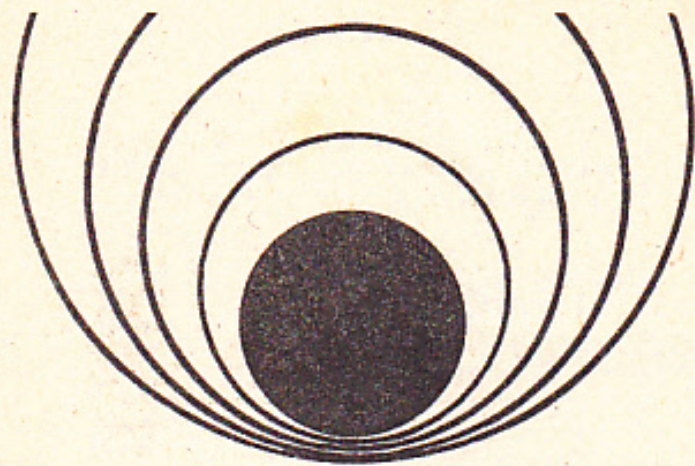


RELATO DE UN CRIMEN

SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

Clark Carrados





PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS
RELATO DE UN CRIMEN

Colección PUNTO ROJO n.º 907
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.653. —El día del desquite.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.518. — Huellas imborrables

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058.— Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

1.030. — Derrota y victoria.

En Colección BRAVO OESTE:

626.— Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818.— El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138.— Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

894. — Los asesinos de la noche.

En Colección COLORADO:

1.069. — Unidos por el odio.

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B 24.714 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: septiembre, 1979

© Clark Carrados - 1979

texto

© Norma - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Mora la Nueva 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. Parets
del Vallés (N-1.52, Km 21,650) Barcelona – 1979

CAPITULO PRIMERO

La expectación era enorme. En la sala, atestada hasta superar los límites de su capacidad, no cabía un alfiler.

Reinaba un silencio impresionante, roto únicamente por el roce de doce pares de zapatos contra el suelo, roce causado por los movimientos de doce hombres y mujeres justos, que se disponían a ocupar sus puestos en el estrado de los jurados. El juez guardaba también silencio y esperaba la decisión de las doce personas que debían pronunciarse sobre la culpabilidad o inocencia de la acusada.

Rex Hardon estaba en la primera fila de bancos, casi inmediatamente detrás del lugar asignado a la acusada y a sus defensores. Con el rabillo del ojo, contempló a aquella hermosa mujer, que a sus cuarenta años, aún era capaz de desbancar a muchas jovencitas. Sin embargo, las largas semanas pasadas en la prisión, en espera de la celebración del juicio, habían dejado sus huellas en el semblante de Eunice Norgen. Ahora ofrecía un aspecto mucho mayor de lo que era, aunque ello no parecía importarle demasiado.

Los jurados ocuparon su puesto. Un ujier avanzó unos pasos.

—Señores del jurado, ¿han llegado a una decisión? —preguntó.

—Sí.

El presidente del jurado sacó un papel del bolsillo. Entonces, el ujier dijo:

—La acusada mirará al jurado. Los componentes del jurado mirarán a la acusada. Señor presidente del jurado, puede usted pronunciar el veredicto.

El presidente carraspeó y dijo campanudamente:

—Nosotros, los componentes del jurado y en completa unanimidad, declaramos a la acusada Eunice Norgen culpable de homicidio en primer grado, cometido en la persona de Cassius Vandelaert.

Se oyeron algunas exclamaciones. El juez impuso silencio con unos enérgicos golpes de mazo.

Cuando volvió la calma, el juez dijo:

—Este tribunal agradece a los miembros del jurado su leal cooperación y les declara libres ya de toda obligación con respecto a este caso.

Carraspeó ligeramente y añadió:

—Este tribunal considera necesario, sin embargo, tomarse un período de reflexión antes de dictar su sentencia, y retrasa la decisión una semana, en que se volverá a reunir en este mismo lugar para actuar en consecuencia. ¡Se levanta la sesión!

Dos matronas policiales se llevaron a la acusada. Rex Hardon, en pie como todo el mundo, encendió un cigarrillo.

Alguien le dio una palmada en el hombro.

—Tenía que ser así —dijo uno de sus colegas—. Es culpable.

Hardon sonrió ligeramente. Otro periodista, al pasar, hizo un vaticinio:

—Es guapa y, bien mirado, tenía motivos para cargarse a aquel bergante, pero no hay quien la libre de una condena a perpetuidad.

Hardon no dijo nada. Expulsó -una bocanada de humo.

—Probablemente, soy yo el único que cree en su inocencia —murmuró para sí.

Y de repente se le ocurrió que, puesto que pensaba que Eunice Norgen era inocente, debía empezar a buscar las pruebas que le permitiesen rebatir la sentencia del tribunal.

* * *

—¿Que esa mujer es inocente? Rex, ¿está loco? Porque no le huele el aliento a alcohol y, por tanto, se puede deducir con todo fundamento que no está bebido. Eunice Norgen inocente... ¡Vamos, lo que me faltaba por oír!

Hardon no se inmutó ante la violencia de la respuesta de su director.

—Es inocente —insistió.

Tom Kittington, director de *El Globo*, le apuntó con el índice como si fuese una pistola:

—Escuche, Rex, yo le aprecio muchísimo, a pesar de que es un hombre indisciplinado y que muchas veces hace lo que le da la gana y se salta a la torera todas las reglas habidas y por haber. Pero en este caso, no. . Oh, no, sería ya demasiado.,.

—¿Por qué, jefe?

Kittington soltó una maldición entre dientes. Luego, con el pulgar de la mano derecha, empezó a contar los dedos de la izquierda:

—Primero, ella admitió haber disparado contra Vandelaert. Segundo, encontraron un revólver en su mano. Tercero, la bala hallada en el cadáver fue disparada por ese revólver. Cuarto, hay testigos de violentas discusiones entre ella y Vandelaert, discusiones que, al menos en dos ocasiones, acabaron a bofetadas, bofetadas que se llevó ella... y quinto, aunque todavía muy guapa, Eunice ya no cumplirá los cuarenta y presentía que Vandelaert quería darla de lado por otra más joven, naturalmente.

—Sí, todo eso es cierto, pero...

—Entonces, cuando Eunice vio que iba a ser puesta de patitas

en la calle, perdió la cabeza, que eso sí que lo admito, y le pegó un balazo al que estimaba autor de sus desventuras, ¿eh? ¿Está claro, Rex?

—De acuerdo, jefe, pero...

—Mire, todos sabemos lo que pasaba en la casa. Oficialmente, Eunice era el ama de llaves, pero, en realidad, era la amante de Vandelaert. El empleo era magnífico y podía disponer de grandes sumas de dinero, sin necesidad de rendir cuentas a Vandelaert. Ella hacía y deshacía en la casa, como si fuese una esposa auténtica pero vio que la buena vida se le acababa y, furiosa, le pegó un tiro. No hay más que hablar, Rex, no insista.

—¿Me deja que investigue, jefe? —preguntó Hardon, impasible.

Kittington, grueso, medio calvo, de mejillas rubicundas y chaleco casi permanentemente manchado de ceniza de cigarro, saltó en su sillón.

—Pero, por todos los diablos, Rex. ¿Es que no me ha oído lo suficiente? El jurado ya ha pronunciado su veredicto, no hay más que hablar...

—Deseo investigar, jefe —manifestó Hardon sin alterar el tono de su voz.

—Pero ¿por qué? ¿Qué le hace pensar que esa mujer es inocente?

—No sé... Los testigos no han dicho la verdad o, por lo menos, *toda* la verdad.

—¡Ella admitió haber disparado contra Vandelaert! —vociferó Kittington.

—Es cierto, jefe.

—Y, ¿no le parece eso suficiente?

Hardon tenía una teoría particular acerca de dicho extremo, pero, por el momento prefirió callar.

—¿Por qué no me deja investigar? —insistió—. Imagine que descubro al verdadero culpable. *El Globo* aumentaría enormemente su tirada; conseguiría más suscriptores, más anunciantes...

Kittington estaba hurgando en unos papeles que tenía sobre la mesa. De pronto, agarró uno y se lo tendió a su interlocutor.

—Tome, ahí tiene trabajo. Hágame una serie de reportajes sobre las empresas Sallinger. El dueño es la cosa más inmoral que he visto en todos los días de mi vida. Es preciso que la ciudad pueda barrer a tipos como Sallinger... Recuerde el lema del periódico: «Nunca decimos mentiras». ¿Entendido?

Hardon se había puesto en pie.

—Lo siento, jefe.

Kittington le miró de hito en hito.

—Sallinger o la calle —dijo amenazadoramente.

—Adiós, jefe.

Hardon dio media vuelta y abandonó el despacho, perseguido por una atronadora sarta de invectivas, algunas de las cuales resultaron completamente nuevas. Pero no le importó en absoluto, porque había tomado su decisión y nada podría apartarle de su camino.

En el juicio se había oído el relato de un crimen y él creía que era falso. Se encargaría de escribir un relato auténtico y todo el mundo sabría la verdad.

* * *

Entró en el bar, se encaramó en un taburete y pidió un whisky doble. El dueño se lo sirvió y le miró socarronamente.

—¿Andas buscando información? —preguntó.

—Tal vez —contestó Hardon.

La mano del dueño se movió en semicírculo.

—Aquí nunca pasa nada, por fortuna —dijo—. Y no tengo ninguna información que darte.

—Es posible, Joe —sonrió Hardon—. Dime, ¿qué opinas del juicio que ha terminado hoy?

—Lo que dicen la radio y la televisión; ella es culpable.

—Pero tú eres una persona capaz de opinar, Joe.

ES *barman* se encogió de hombros.

—Ella dijo que apretó el gatillo. ¿Qué más puedo decir yo?

—Y si yo te dijera que creo en su inocencia...

Joe Cork se encogió de hombros, a la vez que se alejaba para atender a un nuevo cliente que acababa de llegar.

—Diría que estás loco, Rex —se despidió.

—Cualquiera pensaría lo mismo —dijo una mujer repentinamente, a la izquierda del periodista—. ¿Fuego, por favor?

Hardon se volvió. Ella era joven, de cuerpo espléndidamente conformado y abundante cabellera negra como ala de cuervo. La blusa roja tenía un gran escote, que permitía ver casi por completo dos hermosos senos, redondos y firmes. La falda negra, corta y ceñida, tenía, además, una abertura en el costado izquierdo, por la que se veía el portaligas de encaje negro, como las medias y los zapatos, puntiagudos y de tacones muy altos.

Sacó el encendedor. Ella aspiró primero el humo y luego le arrojó una bocanada al rostro.

—Sí, cualquiera que diga que Eunice Norgen es inocente, está loco —dijo.

—Entonces, también cree en su culpabilidad, señorita.

—Yo pienso que usted no está loco.

Hardon sonrió. El sentido de la respuesta se adivinaba fácilmente.

—Gracias —dijo—. Soy Rex Hardon.

—Te conozco. —Ella le tuteó de pronto—. Me llamo Coral Swill.

—Hola, Coral. ¿Quieres un trago?

—Se acepta encantada.

Joe vino y llenó dos vasos. Hardon levantó el suyo.

—Por nosotros dos —brindó.

—Y por la señora Norgen —dijo Coral—. Y por su inocencia, claro.

Hardon tomó un sorbo.

—Perdona, Coral, pero, dime, ¿qué te hace creer también en la inocencia de Eunice Norgen?

—Rex, soy mujer, ¿no?

—Ya lo creo. —Hardon adelantó el rostro para poder contemplar mejor el espléndido espectáculo que ofrecía el profundo escote de la joven—. Sí, eres una mujer. De una pieza.

Coral rió suavemente.

—Las mujeres entendemos bien a las mujeres —manifestó—. Apostaría doble contra sencillo a que Eunice se acusó de ese crimen para encubrir a otra persona y evitar así que esa persona, quienquiera que sea, no cargue con las culpas del crimen.

Hardon se quedó un tanto sorprendido al oír aquellas palabras.

—Yo no soy mujer, pero algo así había pensado —confesó—. ¿Tienes alguna otra opinión sobre el caso, Coral?

La morena se apeó del taburete.

—Eso es todo —contestó.

Hardon alargó una mano y la sujetó por el brazo.

—¡Espera, Coral! —dijo—. ¿Quién eres? ¿A qué te dedicas?

Ella se echó a reír.

—Rex, ¿no tienes ojos en la cara? —contestó.

—Oh, perdona...

—No te preocupes. Tengo la apariencia exacta de lo que soy. Pero hoy vine a tomar solamente una copa. La madre naturaleza me ha dejado inservible para tres o cuatro días, si entiendes lo que quiero decir.

—Lo entiendo perfectamente —sonrió Hardon—. ¿Podré verte otro día, Coral?

—Seguro, buen mozo.

Hardon se quedó en el mostrador, un tanto pensativo. Al cabo de unos momentos, agitó la mano.

—¿Qué quieres Rex? —preguntó el *barman*.

—Esa fulana... la que hablaba conmigo hace unos minutos... Nunca la había visto por aquí.

—Tampoco yo la había visto —fue la sorprendente respuesta de Joe Cork—. Puedes creerme, Rex; es la primera vez que esa pájara entra en mi casa.

CAPITULO II

Ataviada con el severo uniforme carcelario, Eunice Norgen entró en la estancia y se sentó frente a su visitante. La matrona que la acompañaba quedó discretamente al fondo.

Hardon miró unos instantes a la hermosa mujer que tenía frente a sí, cuyo rostro reflejaba, no obstante, la dureza de los acontecimientos de que había sido protagonista en las últimas semanas. Eunice estaba algo más delgada que lo que era habitual en ella, pero, sin embargo, aún mantenía una silueta con numerosos atractivos.

—Me ha costado mucho acceder a recibirle, señor Hardon —dijo Eunice con voz serena—. Solamente pensando en que es usted el único periodista que no se ha ensañado conmigo, publicando opiniones disparatadas, cuando no hechos completamente falsos, me han hecho violar la regla que me he impuesto a mí misma de no hablar más con ningún periodista. De todos cuantos trataron el caso, usted fue el único que se mantuvo ponderado y escribió informaciones objetivas. Todos los demás.

—Trabajo para *El Globo*, señora —dijo Hardon, a la vez que sacaba cigarrillos—. Nuestro lema es: «Nunca decimos mentiras». Es la regla que observo siempre escrupulosamente, cada vez que redacto una información o publico una entrevista con algún personaje interesante para el público.

Eunice hizo un gesto aprobatorio.

—Lo sé —respondió—. Pero ¿qué más puedo decirle yo, que no se sepa?

—Muchas cosas, señora. Por ejemplo, yo soy de la opinión que usted es inocente de la muerte de Vandelaert.

El pecho de la mujer se agitó perceptiblemente.

—¿Qué le hace pensar una cosa así? Declaré haber disparado contra él y no iba a mentir, sabiendo que me habían visto.

—¿De veras? Me parece que es ahora cuando está mintiendo, señora Norgen. ¿Quién la vio disparar contra Vandelaert?

—Pues... Cobina, la doncella...

—Cobina Coultee no estaba presente cuando sonó el disparo fatal. Lo oyó, que no es lo mismo.

—Y me encontró con la pistola en la mano.

Hardon sonrió.

—Señora Norgen, usted declaró haber disparado contra Vandelaert, pero no dijo nunca que le hubiera visto caer al suelo.

—Oh, sí, cayó en el acto...

—¿Por qué no es sincera y declara toda la verdad?

—Señor Hardon, estoy arriesgando una condena a perpetuidad —

protestó la mujer.

—¿Es cierto que usted y Vandelaert habían discutido muy violentamente en los últimos tiempos y que incluso él había llegado a abofetearla?

—Sí, rigurosamente cierto.

—¿Pensaba Vandelaert despedirla a usted?

—Lo había anunciado, aunque todavía no había tomado una decisión formal al respecto.

—Usted temía que la despidiese, para sustituirla por otra más joven, ¿no es cierto?

El rostro de Eunice se crispó.

—Todo eso se ha dicho sobradamente en el juicio...

—Pero yo no soy el teniente Ryne, encargado del caso, ni el fiscal, ni el defensor. Es la primera vez que hablo con usted y quiero oír personalmente algunas de las respuestas que usted dio a esos representantes de la ley.

—Bien, oír lo mismo...

—Salvo dos cosas, señora Norgen.

—¿Sí?

Hardon adelantó el torso, hasta tocar el borde de la mesa que le separaba de la prisionera.

—Cobina Coultee la vio a usted con la pistola en la mano. Pero ¿cuánto tardó en acudir, desde que sonó el disparo?

—Oh, unos segundos, muy poco tiempo... No puedo calcularlo...

—Cobina estaba en su habitación, situada en el ático de la casa y en el lado opuesto. La residencia de Vandelaert es un caserón enorme, de planta, primer piso y ático, construido hace ochenta años, aunque modernizado en ciertos aspectos. Pero los muros y las puertas siguen siendo sólidos, recios, hechos a conciencia, como se trabajaba en el siglo pasado. El lugar donde murió Vandelaert está situado prácticamente en el extremo opuesto de la mansión. Apostaría algo a que desde el dormitorio de Cobina no se puede oír un disparo de arma de fuego, a menos que se emplee un cañón.

Eunice se turbó considerablemente. Hardon continuó:

—La casa es grande. Una persona que oye, supuestamente, un disparo, tarda algún tiempo en tomar una decisión para acudir o no al lugar donde ha sonado el tiro, suponiendo que no piense que se trata de otra clase de ruido. Dada la distancia del dormitorio de Cobina al gabinete de trabajo, que es donde apareció muerto Vandelaert, el tiempo empleado en llegar hasta allí debería aproximarse mucho al minuto. O quizá más... y ella dijo que acudió inmediatamente.

—Eso es cierto —admitió Eunice.

—Es decir, la vio a usted con el revólver en la mano.

—Sí.

—Y usted, ¿dónde estaba cuando sonó el disparo?

—Es una pregunta absurda —se encrespó la mujer—. Estaba en el despacho de Vandelaert...

Hardon sonrió:

—Esta parte del relato tiene más de un fallo —dijo—. Señora Norgen, usted no disparó contra Vandelaert, aunque no diré que no se sintiera muy aliviada con su muerte. Pero si admite su culpabilidad, es evidente que no lo hace por gusto, sino por... ¿A quién trata usted de encubrir?

Eunice se echó atrás en su silla, como si le hubieran enseñado algún horrible monstruo.

—¿Qué está diciendo? —gritó.

—Usted admite su culpabilidad porque no quiere que otra persona sea castigada por ese crimen, eso es lo que quiero decir.

—No, no...

—Señora Norgen, yo creo en su inocencia y, le guste o no, voy a tratar de hallar al verdadero culpable —dijo Hardon resueltamente.

—¡No, se lo prohíbo...!

Hardon estaba ya en pie y sonreía.

—De veras, en su situación, ¿puede prohibirme que investigue?

Eunice, abrumada, ocultó la cara entre las manos y rompió a llorar. Hardon la miró unos instantes, compadeciéndola con toda su alma, y luego se dirigió hacia la puerta.

Iba a ser una labor difícil, se dijo una vez en el exterior, con las manos en el volante del coche. Pero no por ello pensaba desistir.

* * *

La mansión de Vandelaert había sido cerrada y la servidumbre despedida. Hardon detuvo su coche frente a un edificio de apartamentos, de aspecto más bien vulgar. Era el lugar ideal para que en él viviera Cobina Coultee, pensó.

Cerró el contacto y se apeó del vehículo. Cuando iba a entrar en la casa, vio que una mujer entraba apenas medio segundo antes que él. Era joven y muy esbelta, y le pareció conocida.

Hardon dio un salto y la agarró por un brazo. Ella se volvió en el acto.

—¿Qué hace? —gritó—. Suélteme o llamo a la policía...

Hardon se desconcertó. El pelo de la joven, aunque negro, estaba partido en dos mitades, que se reunían en la nuca, por un

grueso moño. Sus ojos quedaban ocultos en parte por unas grandes gafas de color claro y su indumentaria, aunque elegante, era más bien discreta.

—Perdone, me he confundido...

De pronto, aspiró el aire con fuerza.

—Tienes un aspecto enteramente distinto, Coral —dijo—. Pero sigues usando el mismo perfume.

—Tu memoria olfativa es magnífica —contestó ella—. Perdona, pero yo tampoco te había reconocido en el primer momento. Llegué a pensar, incluso, en un asalto.

—No acostumbro a hacer cosas tan feas, al menos, sin permiso de la interesada —dijo Hardon jovialmente—. ¿Todavía sigues «descansando»?

Coral sonrió.

—No hagas preguntas indiscretas. —Ya estaban en el ascensor—. ¿A qué piso vas?

—Sexto, por favor.

—Hombre, yo también voy al sexto.

Coral abrió el bolso y sacó cigarrillos. Hardon le ofreció su encendedor galantemente.

—¿Cómo van tus investigaciones? —preguntó, después de lanzar un par de bocanadas de humo.

—Acabo de empezar —respondió él.

—¿Qué cuenta la señora Norgen, Rex?

Hardon miró a la joven de reojo, pero el ascensor se detenía en aquel momento. Coral salió antes que él y caminó resueltamente a lo largo del corredor. Hardon la siguió a muy corta distancia y, enormemente sorprendido, la vio detenerse ante una puerta determinada.

—¿Cómo? ¿Vives aquí? —preguntó

Coral se volvió.

—Pues.. —vaciló claramente.

—Tú no vives aquí —aseguró el periodista—. Coral, dime, ¿conoces por casualidad a Cobina Coultee?

—¿Quién es esa fulana, Rex?

—Oh, vamos, vamos, no trates de burlarte de mí. Sabes perfectamente a quién me refiero.

—Bueno... Cobina y yo somos amigas y... y he venido a visitarla ya... a charlar un rato con ella..

—Luego te daré una dirección, cuando salgamos de esta casa —dijo Hardon cáusticamente—. Es una academia para mentirosos. Tú necesitas entrenamiento, porque mientes muy mal.

—Pero, Rex...

Hardon puso el índice sobre el botón de llamada.

—Primero, vamos a hablar con Cobina —dijo—. Luego hablaremos tú y yo muy seriamente. ¿Estamos?

—Muy bien, como quieras. Anda, ¡lama otra vez; esa tonta no contesta.

Hardon insistió, pero la puerta continuó obstinadamente cerrada, —¿Habrá salido? —murmuró.

De pronto, Coral alargó la mano e hizo girar el pomo.

—Está abierta —dijo.

—Muy bien, en tal caso, nadie nos impide el paso.

Coral hizo girar la puerta, pero Hardon entró antes que ella. El silencio que reinaba en aquel lugar le hacía sentirse muy aprensivo.

El interior aparecía en orden. Hardon avanzó lentamente hasta situarse en el centro de la sala.

—¡Señorita Coultee! —llamó.

No hubo respuesta.

—Estará fuera de casa —apuntó Coral.

Hardon hizo una mueca, dio cuatro o cinco pasos más y abrió una puerta. Poniéndose de puntillas, para mirar por encima de su hombro, Coral exclamó:

—Está dormida. Tal vez se ha emborrachado, Rex.

Hardon aspiró el aire con fuerza.

—No huele a alcohol —contradijo.

El rostro de Cobina aparecía con una palidez muy poco común. Hardon notó que sus aprensiones aumentaban.

La mujer yacía en la cama, cubierta completamente hasta la barbilla, incluso con sus brazos del embozo. De pronto, Hardon se dio cuenta de la ausencia de todo movimiento respiratorio.

—No te muevas, Carol —dijo secamente.

La joven se paró, repentinamente asustada.

—¿Está...?

Con la mano derecha, Hardon asió las sábanas y tiró de ellas. Un instante después, pudo ver el negruzco orificio que había en el centro del pecho de Cobina.

Había sangrado muy poco al exterior, pero la situación del agujero de la bala no permitía abrigar la menor duda.

Lentamente, dejó la ropa de cama tal como estaba y se volvió hacia Coral, cuyo rostro tenía la blancura de la nieve.

—Asesinada —dijo él.

Coral asintió.

—¿Quién?

—A veces, da muy mal resultado mentir —contestó Hardon enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir, Rex?

—¿Sabes?, en la declaración que Cobina hizo ante el tribunal, durante el juicio, hay un punto incierto. No sé cuál es aún, pero el asesino sí lo sabía y decidió no arriesgarse a que Cobina pudiera decir «toda» la verdad algún día... o que intentara hacerle chantaje. ¿Lo comprendes ahora?

—Cobina cometió perjurio.

—En una parte muy pequeña, pero suficiente, sin embargo, para que Eunice resultara condenada. Imagínate una circunferencia de un metro de radio, salvo en un punto, en que dicho radio sólo tiene novecientos noventa y nueve milímetros. La circunferencia ya no lo es, porque ha dejado de ser perfecta., aunque a simple vista no se note.

—¡Qué parábola tan arrebatadora! —exclamó Coral.

Hardon la miró de soslayo.

—No te burles, porque esto no es cosa de burla —dijo severamente—. Ahora tenemos que avisar a la policía; luego, tú y yo hablaremos muy seriamente, señorita Swill.

—Sí, señor —contestó ella.

CAPITULO III

—He cenado maravillosamente —dijo Coral horas más tarde.

—Lo celebro —sonrió Hardon—. Te hubiera llevado a mi apartamento, pero allí no hay más que latas de conservas y café en polvo.

—¿Vienes mucho por aquí? El menú ha estado fenomenal.

—Algunas veces, pero no siempre; si dan bien de comer, también te exprimen el bolsillo.

—¿Estás llorando por haber tenido que invitarme a cenar? —se burló Coral.

—No —contestó él—. Precisamente, hoy era mi día de cien dólares.

—¿Cómo?

—Todas las semanas dedico cien dólares a una cena con una prostituta. Luego, naturalmente, nos vamos a la cama. En los cien dólares, como puedes comprender, están incluidos los «servicios» amorosos.

Hardon consultó la nota que acaban de entregarle y añadió:

—FJ importe de la cena asciende a diecisiete dólares con cincuenta y nueve centavos. Daré veinte, luego te tocan ochenta.

—Pero yo no soy... Bueno, quiero decir que hoy no estoy... en condiciones...

Hardon sonrió.

—¿Eres o no eres una puta. Coral?

—Vaya un lenguaje —se indignó la muchacha.

—¿Por qué emplear circunloquios, habiendo palabras que definen las cosas muy bien?

—Bueno, yo...

Hardon puso los codos sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos juntas.

—Coral, dime, ¿qué eres tú?

—Una... —Ella se mordió los labios—. Bueno, no soy eso que acabas de decir.

—Es una lástima. Con lo que me hubiera gustado irme a la cama contigo.

—Eres un desvergonzado —dijo Coral.

—Y tú una impostora. ¿Qué interés tienes en el caso?

—Lo siento, pero no puedo decírtelo.

—¿A quién representas?

—Como dicen los rusos, *nyet*.

Coral recogió su bolso y se puso en pie.

—Tomaré un taxi para ir a mi casa, no es necesario que te molestes, gracias.

Hardon alzó una mano.

—Coral, permíteme un consejo, por favor.

Ella le miró escéptica. Hardon siguió:

—Es fácil dar consejos; lo difícil es seguirlos, porque siempre parece que nuestra propia opinión es la mejor. Pero te diré una cosa: Cobina Coultee ha sido asesinada. Has metido las narices en este caso, no sé por qué ni por encargo de quién, y debes tener mucho, muchísimo cuidado.

Coral asintió.

—Es un buen consejo, Rex. Adiós —se despidió.

Hardon sacó un cigarrillo y lo encendió. Si Cobina siguiera con vida, ¿qué le hubiera dicho?

Expulsó el humo melancólicamente. No era útil pensar en lo que podría haber sucedido, sino en lo que realmente había sucedido.

Sacó su agenda de notas y repasó unos cuantos nombres. Todos ellos eran testigos que habían declarado en el juicio contra Eunice Norgen.

El siguiente nombre correspondía a Stella Forbes, cocinera de Vandelaert, Pero ya era tarde; lo dejaría para el día siguiente.

* * *

Abrió la puerta y tanteó con la mano para buscar el interruptor de la luz. Apenas lo había conseguido, algo le golpeó en la cabeza duramente, haciéndole ver un montón de estrellas. Sintió un dolor vivísimo y se hundió en la inconsciencia.

Despertó, después de un tiempo que no había sabido calcular, encontrándose tendido sobre la alfombra de la sala. Sin poder evitarlo, lanzó un gemido, porque el dolor había vuelto, agudo, lacerante. A pesar de todo, no tenía fuerzas para moverse.

Pasaron largos minutos antes de que se encontrara en condiciones de gatear hasta el baño. Sin duda, su atacante había sido un ladrón, sorprendido por su inesperado regreso. Por contento podía darse de haber salido librado solamente con un porrazo.

«Un buen porrazo», gimió, al tocarse el bulto que le había salido en un lado de la cabeza. El dolor iba y venía en violentas oleadas que, a veces, incluso le quitaban la visión. Al fin pudo alcanzar el lavabo y mojar una toalla, que se aplicó en el lugar afectado por el golpe.

Al cabo de unos momentos, sintió una leve mejoría. Un par de aspirinas, calculó, aliviarían considerablemente el dolor. Entonces, al levantar la cabeza para abrir el armario de baño, vio

un mensaje escrito sobre el espejo:

VUELVA A LO SUYO. OLVIDESE DEL CASO VANDELAERT. ESTA ES
NUESTRA PRIMERA Y ULTIMA ADVERTENCIA.

Hardon torció la boca. El atacante no era un ladrón.

Había venido provisto de lo necesario para escribir el mensaje: una barra de labios. Los rasgos de la escritura, apreció, eran nerviosos, cosa que se advertía a pesar de que todas eran letras mayúsculas. Pero en aquel momento, más que nunca, adquirió la convicción de la inocencia de Eunice Norgen.

Y, sin embargo, ¿por qué admitía haber asesinado a Vandelaert?

¿A quién encubría, declarándose culpable de un crimen que no había cometido?

Cansado y dolorido, ingirió las dos aspirinas y se metió en la cama.

* * *

Permaneció en la cama más de lo acostumbrado, hasta sentirse completamente bien. Cuando salió de casa, eran cerca de las doce.

Tenía apetito y entró a almorzar en una cafetería cercana. Pidió huevos con tocino y café y se dispuso a dar cuenta del menú. De pronto, alguien se sentó a su lado.

Era un hombre de unos cuarenta años, de mediana estatura, fornido, hombros muy anchos y pelo que parecía una escoba de cepillo. Hardon lo conocía bien. Era el teniente Jack Ryne, alias «El Toro», un apodo muy justificado, dada su bravura y el ímpetu que ponía en sus acometidas, cuando la razón estaba de su parte.

—Rex, quiero hablar contigo —dijo el policía.

Hardon hizo un gesto con la mano.

—Pide café; la casa invita —dijo, mientras se entretenía en perseguir un rebelde medio huevo con la ayuda del tenedor y una tostada.

—Se trata de Cobina Coultee, Rex —dijo Ryne severamente.

—No te vi ayer en su casa, «Toro».

Ryne no se enfadaba sin los amigos empleaban el apodo.

—Es un caso que ha tomado para sí el sargento Browne. Pero yo llevé el caso Vandelaert.

—No muy bien llevado, todo hay que decirlo —criticó Hardon.

—He conseguido la condena del culpable, ¿no?

—¿Duermes tranquilo por las noches?

Ryne lanzó una maldición.

—Demonios, Rex, si ella misma lo admitió..

—¿No se te ha ocurrido preguntarte si no estaba ocultando a

alguien?

—Muchacho, esto no es una vulgar estafa, donde se arriesgan unos pocos años de cárcel. Se trata de una condena a perpetuidad...

—Lo sé. Pero, dime, ¿por qué tenían que asesinar a Cobina Coultee?

—Quizá un ladrón, un maníaco sexual...

—No, «Toro», no, y tú lo sabes bien. Tú tampoco estás muy seguro de que Eunice sea la asesina de Vandelaert. Has tenido que actuar de acuerdo con unas normas, que constriñen tus movimientos y te impiden salirte de ciertos límites, pero yo tengo mucha mayor libertad de movimientos. Cobina cometió perjurio en su declaración ante el tribunal, simplemente.

—¿Cómo puedes asegurar una cosa así? —preguntó Ryne.

—Cobina dijo haber oído el disparo fatal, pero, en aquellos momentos, estaba en el ala opuesta de la residencia. Las paredes y las puertas son gruesas. El despacho de Vandelaert estaba cerrado. Cobina se encontraba en su habitación, en el ático y en el lado opuesto, insisto. ¿Crees que desde allí podría oírse un disparo de arma de fuego, máxime cuando se trata de un «treinta y dos» y no un arma de superior calibre?

Ryne se pellizcó el labio inferior.

—Entonces, mintió.

—Claro que mintió. Además, no llegó inmediatamente al despacho de Vandelaert, sino que tardó casi un minuto, o quizá más, y no, como ella declaró, a los pocos segundos del disparo.

—¿Por qué mentiría? —murmuró Ryne.

—¿Por qué va a ser? Por dinero, hombre... porque ella vio al verdadero asesino de Vandelaert y porque éste lo sabía... y sobornó su testimonio. Pero, como se suele decir, consumada la traición, no es necesario el traidor.

—Y le metieron una bala en las tripas.

—Para evitar una de dos posibilidades. O tal vez las dos, «Toro». Para que no hablase ni sintiese la tentación de hacer chantaje. Ryne hizo un vivo ademán.

—Aunque no me corresponda, trataré de investigar en esa dirección —prometió.

Entonces sonó una voz fresca:

—¿Hay alguien que me invite a un bocadillo?

Los dos hombres se volvieron. Hardon miró sonriente a Coral.

—«Toro», te presento a una putita encantadora. Coral, el teniente Ryne, de homicidios, Ryne respingó.

—¿Ella es...?

—Según confesión propia —rió Hardon.

Coral estaba encarnada hasta las orejas.

—Esa broma es de muy mal gusto —se quejó.

—Yo no la empecé —dijo Hardon, poniéndose las mano en el pecho.

Ryne se bajó del taburete.

—Nunca me gustó terciar en las disputas entre enamorados —dijo.

—; Yo no estoy enamorada de este miserable! —gritó Coral.

—Ni falta que me hace —contestó Hardon—. «Toro», piensa bien en lo que te he dicho —se dirigió al policía.

—Descuida, Rex.

Hardon dio una palmada al taburete contiguo.

—Vamos, guapa, siéntate y llena tu estómago —dijo.

—De acuerdo, pero a ver si nos olvidamos del dichoso calificativo, ¿eh?

—Tranquila, nena. ¿Cómo sabías que me encontrarías aquí, Coral?

—Iba a tu casa y te vi al pasar —explicó ella.

—Ah, venías a buscarme.

—Sí. Llamé por teléfono pero no estabas

—Seguramente, acababa de salir. ¿Por qué venías a buscarme?

—Para continuar el trabajo, claro.

El camarero trajo un plato y Coral agarró el bocadillo que había encima.

—¿Te acuerdas que ayer te di un consejo, Coral? —preguntó Hardon, mientras llenaba de nuevo su taza de café.

—Sí, y debo admitir que es un buen consejo.

—Debiera haberlo seguido yo. Me atacaron cuando iba a entrar en casa, me dieron un tremendo porrazo y luego dejaron un aviso, para que no me meta en lo que no me importa.

Coral quedó con el bocadillo sujeto por los dientes y las manos, mirándole con ojos muy abiertos. Vaciló un poco y retiró el *sandwich* de la boca.

—No hablas en serio, Rex —dijo.

Hardon se apeó del taburete, giró sobre sus talones y se agachó un poco.

—Toca, ahí, encima de la oreja izquierda, hacia atrás —indicó.

Coral pasó las yemas de los dedos por el lugar señalado.

—¡Jesús, menudo «huevo»! —se espantó.

—Fue un aviso —dijo Hardon, de nuevo en su sitio—. Primero y último, según reza el mensaje escrito sobre el espejo de mi cuarto de baño.

- Es... No puedo creerlo.. Rex, ¿qué significa todo esto?
- Tiene un significado clarísimo, sobre todo, si pensamos en el asesinato de Cobina Coultee.
- Eunice es inocente.
- Sí.
- Y hay alguien empeñado en que el juez dicte una sentencia de cadena perpetua.
- Exactamente.
- Bueno, una sentencia se puede revocar, después de un proceso...
- Si faltan los testigos principales, ni siquiera se podría iniciar la revisión de la causa.
- Entonces, por eso murió Cobina.
- Cobina murió por no haber dicho la verdad. Coral asintió pensativamente. Luego dijo:
- Rex, hay más testigos.
- Hardon consultó su reloj de pulsera.
- El próximo es Stella Forbes —dijo.
- La cocinera de Vandelaert.
- La misma.

CAPITULO IV

Stella Forbes era una mujer de mediana edad, rolliza y de mejillas rubicundas, que vivía en un apartamento de modesta apariencia, a todas luces alquilado. Cuando vio a Hardon, le reconoció en el acto.

—Le he visto durante el juicio —manifestó.

—Sí, asistí a todas las sesiones —convino el periodista—. Señora Forbes, esta es Coral Swill, Coral, la señora Forbes, cocinera de Vandelaert.

—Tanto gusto —dijeron las dos mujeres casi al unísono.

Luego, Stella volvió los ojos hacia el joven.

—Señor Hardon, ¿en qué puedo servirle?

—Señora Forbes, tengo la seguridad de que la señora Norgen es inocente —dijo Hardon—. A pesar de todo lo que se haya dicho, a pesar de las declaraciones de los testigos... ella no mató a Vandelaert. ¿Qué piensa usted al respecto?

Stella meditó unos segundos.

—La verdad, a mí se me hace muy difícil creerlo, pero las pruebas contra ella son muy contundentes.

—Las pruebas están basadas, sobre todo, en las declaraciones de los testigos, aparte de que ella admitiese haber matado a Vandelaert —dijo Hardon—. Pero quizá no todas las declaraciones fueron completas ni verídicas.

—¿Quiere decir que alguien mintió? —se asombró Stella.

—O, simplemente, ocultó parte de la verdad. Eso es lo que yo trato de averiguar.

—Yo dije todo lo que sé...

—Usted estaba en la cocina, si mal no recuerdo.

—Sí. Oí el disparo, pero, en aquel momento, no le concedí importancia. Me pareció que era el escape de algún automóvil. Por detrás de la residencia pasa la Avenida Washington; es una vía muy tranquila, con muy poco tráfico. Precisamente por eso se oyen más los ruidos de los coches.

—¿Qué pasó después? —preguntó Hardon.

—Bueno, yo seguí preparando la cena... y de pronto, entró Cobina, muy excitada, y me dio la noticia.

—¿Le dijo Cobina que había visto a la señora Norgen con el revólver en la mano?

—Sí, me lo dijo.

—¿Cuánto tiempo pasó entre el momento en que oyó el disparo y la llegada de Cobina a la cocina?

—Sí, me lo dijo.

—No sé... Es algo muy difícil de precisar... Yo diría que dos

minutos, acaso tres...

—¿Quién avisó a la Policía?

—Greg, el jardinero y también chófer.

Hardon sacó su libreta de notas.

—Greg Royster —dijo.

—Sí, así se llama.

—¿Estaba con usted en el momento de cometerse el crimen?

—No. Creo que estaba recortando los setos de la parte delantera... No recuerdo muy bien cómo llegó a la casa; quizá le avisó Cobina también. En aquellos momentos, compléndalo, todo era confusión...

—Ciertamente —convino Hardon—. Sus declaraciones, como puede comprender, no perjudican demasiado a la señora Norgen. Pero, dígame, ¿no recuerda usted algún otro dato, algún detalle que no mencionara durante sus declaraciones en el juicio?

Stella se concentró en sí misma durante algunos segundos.

—Me parece... —dijo al cabo—. Sí, creo recordar... El disparo, he dicho, me pareció la falsa explosión de un motor en marcha...

—Se confunden fácilmente —sonrió Hardon.

—Bueno, ese día, más o menos a la hora del crimen, yo oí el ruido del motor de un automóvil que se paraba frente a la fachada posterior. La casa está allí más cerca de la calle que por la parte delantera.

—Lo sé. Siga, señora Forbes.

—Este automóvil no funcionaba demasiado bien. Quiero decir que el motor tenía algún defecto, o quizá era el tubo de escape en malas condiciones. Hacía demasiado ruido, ¿comprende?

—Sí.

—La fachada posterior da al norte. Las ventanas de la cocina dan al oeste, de modo que yo no puedo ver la Avenida Washington, aunque me lleguen los ruidos. Sí, aquel coche se paró y arrancó a los pocos momentos. Y no era la primera vez que venía por allí.

—Lo identifiqué, sin duda, por el ruido excesivo del motor

—En efecto. —Stella sonrió—. Mi esposo fue muchos años mecánico de coches. A la fuerza se aprenden ciertas cosas sobre mecánica, señor Hardon.

—Indudablemente. De modo que no vio disparar a la señora Norgen.

—No. Cobina me lo dijo; yo ya ni siquiera quise ir al despacho del señor Vandelaert. Fue algo horrible...

Hardon sonrió comprensivamente

—Es lógico —convino—. Señora Forbes, un millón de gracias por sus informes.

—Ojalá les sirvieran de algo —suspiró la mujer—. Sinceramente, me cuesta mucho creer que ella es una asesina. No, no lo creo... aunque bien sabe Dios que tenía motivos.

—¿Qué motivos? —preguntó vivamente Coral, hasta aquellos momentos silenciosa espectadora del diálogo.

—Bueno... en los últimos tiempos, ella y el señor Vandelaert disputaban horriblemente... La señora Norgen había sido siempre muy apacible, pero no sé qué la hizo cambiar... Claro que se enfurecía solamente con el señor Vandelaert y cuando éste le decía algo que no le gustaba.

—¿Qué le decía?

—No lo sé, nunca llegué a oírlo. Pero en los últimos tiempos, las cosas marchaban muy mal. El llegó a pegarla incluso...

—Señora Forbes —intervino Hardon nuevamente—, ¿cree usted posible que la señora Norgen trate de encubrir al verdadero asesino, aceptando la culpabilidad de ese crimen?

Stella parpadeó.

—¿Aceptar ser castigada en lugar de otra persona? —preguntó.

—Sí.

—No lo sé... Se me antoja tan... tan difícil... Son muchos años de cárcel los que la esperan...

Hardon sonrió débilmente.

—Eso es todo, muchas gracias —se despidió.

En la calle, antes de entrar en el coche, sacó cigarrillos y fijó la vista en Coral.

—¿Qué opinas, muñeca? —preguntó.

Ella inhaló el humo antes de dar su respuesta:

—Rex, buena parte de la clave está en ese coche que hace demasiado ruido. Pudiera ser el que utilizó el verdadero asesino, ¿no crees?

—Quizá —contestó él—. Pero el verdadero enigma estriba en la identidad de la persona a la cual encubre Eunice con su silencio. Cuando lo sepamos, créeme, habremos llegado a la solución del misterio.

—Costará bastante, Rex.

—No será fácil, en efecto —admitió Hardon—. Bien, ¿no quieres decirme todavía cuál es tu interés en el caso?

Coral hizo un gesto negativo.

—Lo siento, Rex.

—Entonces, nena, yo también lo siento, porque no voy a permitir que asistas a mi entrevista con el chófer-jardinero de Vandelaert. Y antes de que la asombrada joven pudiera decir nada, Hardon se sentó en el coche, dio el contacto y arrancó como alma que lleva el diablo.

El chófer-mayordomo, Greg Royster, no estaba en su casa. Frustrado, sin saber qué hacer por el momento, Hardon decidió volver al periódico, donde tenía todavía algunas cosas en su despacho. Cuando estaba hurgando en los cajones de la mesa, se asomó Kittington.

—Hola, Rex.

—Hola, jefe. Bueno, ex jefe. Dispense, pero tenía algunas cosas personales que he venido a llevármelas.

—Rex, ¿sé tomó en serio lo de su despido?

—Usted no suele bromear —contestó Hardon.

—Bueno, bueno, admito que me enfurecí un poco. Pero usted también es muy testarudo. No sé por qué tiene que empeñarse en resolver un caso que ya está más que resuelto.

—Yo creo todo lo contrario, jefe. Ahora es cuando este asunto me parece más enmarañado que nunca.

—Rex, el jurado pronunció veredicto de culpabilidad.

—Y si les hubieran enseñado un cajón lleno de polvo blanco y les dicen que es nieve, pero no meten el dedo para saber si ese polvo blanco está helado o no, ellos también dirían que era nieve, ¿verdad?

Kittington frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir, muchacho?

—En ese juicio se han dicho muchas mentiras. O se han ocultado muchas cosas. Y eso es lo que yo quiero averiguar. No estoy conforme con el veredicto del jurado, simplemente.

—¿Ni aunque ella admita su culpabilidad?

—Está ocultando a alguien, y debe querer mucho a esa persona, sea quien sea, porque se va a dejar condenar a cárcel de por vida. Eso no lo haría cualquiera, ¿verdad?

Kittington frunció el ceño.

—¿Es ésa su opinión?

—Sí, señor.

—¿Y si usted estuviera equivocado? Rex, muchacho, deje este asunto. Ocúpese de Sallinger; puede resultar un magnífico reportaje...

—Jefe, creo que estoy en lo cierto. Ella es inocente.

—Pero, bueno, ¿en qué se basa para afirmar una cosa semejante? —exclamó Kittington casi furiosamente.

—Primero, Cobina Coultee murió asesinada...

—Rex, ¿sabe usted que esa prójima, antes de entrar a servir como doncella para Vandelaert, había estado ejerciendo la prostitución?

Hardon parpadeó.

—No sabía...

—Se supone que había vuelto a su «oficio», al perder el empleo, después de la muerte de Vandelaert, y que un «cliente», irritado o, simplemente, ansioso de conseguir unos dólares, le pegó un tiro. También se supone que alguien quiso, que entrase a formar parte de una organización y que ella se negó y por eso la asesinaron. Pero no por nada relacionado con una falsa declaración en el juicio.

—Es posible —dijo Hardon—. Admitiré que lo que usted dice sea cierto, aunque tengo mis reservas sobre el particular. Cobina ya no nos dirá nada, pero mi cabeza sí.

—¿Su cabeza? —se extrañó Kittington.

Hardon se acercó al director de *El Globo* y bajó un poco la cabeza.

—Toque, toque aquí —invitó—. Es un «recuerdo» que alguien me dejó anoche, para avisarme, por primera y última vez, de que debo abandonar el caso Vandelaert. Eh, ¿qué le parece?

Kittington se sentía pasmado.

—De modo que le han amenazado...

—Y me dejaron un mensaje escrito en el espejo del baño. ¿Comprende ahora que tengo razón al investigar este asunto?

—Sí, pero... ¿lo ha denunciado a la Policía?

Hardon hizo un gesto con la mano.

—Oh, ¿de qué serviría? —contestó—. No pude ver nada, sólo sentí el porrazo... pero eso significa que hay alguien que tiene miedo de que se sepa la verdad. Y yo pienso averiguarlo, cueste lo que cueste.

—Muy bien, Rex, haga lo que quiera, pero yo no puedo ayudarle.

—Gracias, jefe —dijo el joven cáusticamente.

—Es usted el hombre indicado para el asunto Sallinger. Todavía está a tiempo de aceptarlo. Puede suponerle mucho en su carrera, Rex. Piénselo bien. Si Eunice Norgen es inocente, acabará por saberse y saldrá a la calle. En cabio, Sallinger...

—Sallinger puede esperar. Además, está cometiendo tantas inmoralidades, que en cualquier momento se puede producir el estallido, sin necesidad de que nosotros destapemos el pastel. Siento mucho defraudarle, pero voy a seguir adelante en el caso Vandelaert.

Kittington hizo un gesto de resignación.

—Muy bien, como quiera, Rex —dijo—. Pero yo debo mantener mi decisión. Sallinger o la calle.

Hardon terminó de meter sus objetos en una bolsa que había llevado y saludó con la mano.

—La calle, jefe.

—Estúpido terco...

Hardon se alejó silbando. Cuando cruzaba la puerta de la calle, respiró profundamente.

Cada vez estaba más convencido de la inocencia de Eunice Norgen. Pero ¿a quién ocultaba aquella mujer?

Regresó a casa y, tras consultar su agenda, marcó un número de teléfono. Frustrado, tuvo que desistir a los pocos momentos.

Royster seguía sin aparecer por su casa.

Luego se sirvió un whisky. Estaba a la mitad, cuando llamaron a la puerta.

CAPITULO V

Precavido, sobre todo después del ataque sufrido la víspera, atisbo por la mirilla antes de abrir. En el primer momento, pensó que se trataba de Coral, pero no tardó en salir de su error. La mujer que había al otro lado le resultó perfectamente desconocida.

Abrió la puerta. Era alta, de cuerpo generosamente contorneado, cabello rubio y sonrisa fácil. Llevaba una estola de piel, caída sobre un brazo, lo cual dejaba a la vista un escote que apenas si tapaba lo más imprescindible.

—Hola —sonrió la mujer—. Soy Rhoda Short. Usted es Rex Hardon

—Desde que nací —contestó él—. ¿En qué puedo servirle, señora?

—Deja los tratamientos a un lado. —Rhoda le guiñó un ojo—. Me gusta más que haya cierta familiaridad, ¿comprendes?

—Por mi parte, no hay inconveniente. ¿Quieres un trago, Rhoda?

—Se agradece.

Hardon puso whisky y hielo en un vaso, y se lo entregó a la visitante.

—Todavía no me has dicho qué quieres de mí, Rhoda.

—Tú descubriste el cadáver de Cobina Coultee. Lo he leído hoy en los periódicos.

—No tengo por qué negar la evidencia —sonrió Hardon.

—Cobina y yo éramos amigas.

—Oh. Sigue, por favor.

—Hace ocho años, trabajamos juntas en La Jaula de Oro. ¿Has oído nombrar ese lugar?

Hardon asintió.

—Fue clausurado varias veces por la Policía, pero siempre su dueña conseguía de nuevo un permiso de apertura, hasta que un día apareció degollada una menor y se acabó el negocio.

—Cierto, pero yo ya no estaba allí. Ni Cobina tampoco; ella se había marchado mucho antes que yo —dijo Rhoda—. Después, encontré el empleo de doncella en casa de Vandelaert. No le gustaba demasiado, me dijo, pero vivía tranquila.

—¿Qué más, Rhoda?

—Nos vimos muy pocas veces, la última de ellas, tres días antes de su muerte. Cobina me presentó a un amigo suyo, del que dijo iba a ser su esposo.

—Y tú no te lo creíste —sonrió Hardon.

—Bueno, tuve que fingir que me lo creía, no iba a desengañarla,

como puedes comprender.

—¿Y después...?

Rhoda sonrió de un modo muy especial.

—A ti te gustaría hablar con ese sujeto —dijo.

—¿Qué te hace pensar en mi interés por el futuro marido de Cobina?

—Cobina no dijo toda la verdad en el juicio contra la señora Norgen.

—¿Le mencionaste algo sobre el particular la última vez que estuvisteis juntas?

—¿Por qué no le haces la misma pregunta al sujeto que le acompañaba?

—No sé quién es. Dímelo tú...

Rhoda hizo un gesto con la mano, frotando el pulgar contra el índice.

—Eso cuesta dinero, buen mozo —dijo descaradamente.

Hardon meditó unos instantes. Luego, de pronto, se acercó a su visitante y metió dos dedos de la mano derecha por el escote, apartó la tela a un lado, hasta dejar al descubierto un pezón, erguido y duro, que masajeó suavemente con aquellos mismos dedos.

Rhoda se estremeció fuertemente.

—Tú, las manos quietas...

Impasible, Hardon repitió la operación con el seno derecho. Rhoda bajó la vista un instante y sonrió.

—¿Qué quieres, cariño?

Hardon pasó una mano por detrás del vestido y bajó la cremallera. Rhoda quedó así desnuda hasta la cintura.

—Muy hermosos, muy hermosos —dijo él, sin dejar de acariciarle los senos, redondos y henchidos.

—Por favor, Rex —suplicó ella.

Hardon soltó una risita. De pronto, agarró el vestido con ambas manos y lo bajó hasta el suelo.

Rhoda ya sólo tenía las braguitas. Se mordía los labios, terriblemente excitada.

—Rex, te lo juro, nunca me había pasado una cosa así...

Hardon se inclinó y la levantó en brazos.

—Todavía no te ha pasado nada —dijo ardientemente.

* * *

—¡Uf! —dijo Rhoda, mucho rato después.

Hardon se inclinó a un lado y buscó cigarrillos en la mesilla de

noche.

—Lo celebro —dijo, después de pasarle un pitillo ya encendido.

—Te has portado como un salvaje...

—Pero tú no has echado a correr precisamente. Has sabido soportar muy bien los ataques del salvaje.

Rhoda emitió una suave risita.

—De cuando en cuando, es preciso darle gusto al cuerpo —dijo—. Pero, sinceramente, no me esperaba esto cuando vine a verte.

—Yo tampoco esperaba tu visita. Y, a propósito, tenías que darme un nombre.

—Sí, Alex Blake.

—¿Sabes dónde vive?

—Te lo dirán en El Ganso Loco. Está en la calle Veintiuno.

—¿Crees que él puede saber algo?

—Seguro, Rex.

—¿Por qué lo dices?

—Bueno, después de encontrarnos, empezamos a charlar... y salió a relucir el asesinato de Vandelaert. Cobina dio a entender que era un caso muy turbio, aunque no lo dijera claramente, pero Alex la hizo callar con muy malos modales. Llegué a pensar, incluso, que iba a pegarla. Entonces, como hay cosas que nunca me han gustado, les dije adiós.

—Eso quiere dar a entender que conoces a Blake.

—Un poco. Ha tratado de conquistarme, pero siempre le he dicho que no. No me gustan los tipos de su especie. Admito que soy lo que soy, pero nadie tiene que aprovecharse de lo que gano, ¿entiendes?

—No te gustan los chulos, vamos —sonrió Hardon.

—Algunas los aceptan. Son chicas que no tienen genio. Yo lo tengo y no me dejo avasallar por nadie.

—Haces bien, Rhoda. Y ahora, dime, con franqueza, ¿por qué has venido a verme?

—Estás haciendo un trabajo. Puedes pagar mi información. Ya ves, soy sincera; no me gusta decir que lo hago por simpatía hacia tal o cual persona.

—Sí, eres sincera, y yo también lo voy a ser contigo. Lo siento, pero no puedo pagarte.

Rhoda se sentó en la cama y sus senos se balancearon pesadamente.

—Entonces, he hecho el ridículo —dijo furiosa.

—Mujer, algo has sacado —sonrió Hardon—. A menos que fingieras los orgasmos...

—¡Vete al diablo! No lo fingía; disfrutaba como una loca. Pero también pensaba sacar algo...

—Pepito que lo siento.

Rhoda se puso en pie de un salto.

—Bueno, ¡qué se le va a hacer! —dijo, despechada—. Siempre se aprende algo. Debería haberte pedido el dinero por adelantado; ahora no tendría que lamentarme.

—Lo siento de veras. Si tanto te hace taita, puedo darte veinte...

—¡Veinte! —resopló la mujer—. Cobro cien dólares por sesión... y por los informes que te he dado, pensaba sacar quinientos.

—¡Ni lo sueñes! No soy millonario, Rhoda. ¿De dónde diablos has sacado la absurda idea de que yo iba a pagarte quinientos dólares?

—¿Es que la información no los vale?

—Depende de muchos puntos de vista...

—No hay más que el mío, y es suficiente.

Hardon extendió los brazos.

—Pues a menos que me atraques...

—¡No, vete a la mierda! —dijo Rhoda violentamente.

Giró sobre sus talones y entró en el cuarto de baño, meneando aparatosamente sus pomposas caderas. Hardon encendió un cigarrillo y fumó pensativamente durante unos momentos.

De repente, sonó un grito espantoso en el cuarto de baño:

—¡Rex!

Era un chillido espeluznante, impregnado de un pánico absoluto. Hardon se preguntó los motivos de aquel grito, pero una fracción de segundo después, se produjo una aterradora explosión.

La puerta del baño voló en astillas, a la vez que salía por ella una nube de humo y polvo. Parte del tabique se desplomó con tremendo estrépito. Algo empujó a Hardon con enorme violencia y lo hizo caer al otro lado de la cama, aturdido y ensordecido, y sin comprender muy bien lo que había ocurrido.

Al cabo de unos momentos, consiguió reponerse un tanto y se arrodilló en el suelo. Con ojos desorbitados por el asombro, contempló el indescriptible espectáculo de un cuarto de baño devastado, con el aspecto que hubiera tenido después de un bombardeo en una guerra, y con algunas manchas de sangre por las paredes.

A lo lejos se oyó el ulular de una sirena que se acercaba rápidamente. En las casas vecinas se encendían las luces.

Olía horriblemente, a explosivos deflagrados. Hardon pudo gatear lo suficiente para encontrar su bata y, después de ponérsela, se asomó al cuarto de baño. Cerró los ojos casi en el acto. Luego, acometido por una náusea invencible, vomitó.

Con ademanes llenos de desenvoltura, Coral se sentó en el taburete contiguo al que ocupaba Hardon y le miró penetrantemente.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Hardon señaló la taza de café que tenía delante de sí.

—Esto es todo lo que acepta mi estómago desde anoche —contestó.

—He leído los periódicos. No fue nada agradable, me imagino.

Hardon tardó unos segundos en contestar.

Todavía se acordaba del terrible grito de Rhoda. Aún le parecían vibrar los tímpanos con las agudísimas notas sonoras de su último alarido. Y luego, el cuerpo, literalmente deshecho por la explosión, la cara borrada en sangre por la metralla, el vientre abierto...

Apuró el café y agitó la mano para pedir un whisky doble. Lo estaba necesitando.

—Alguien quiso hacer efectiva la amenaza —supuso Coral, en vista del silencio del periodista.

—Rhoda fue al cuarto de baño. Da a la trasera. No es difícil abrir la ventana, para meter la mano y tirar dentro una bomba de mano. El que lo hizo no se molestó en mirar; simplemente, vio que se encendía la luz del baño y arrojó la granada.

—O sea, era para ti.

—Sí.

—Es un asunto muy feo, Rex.

—Horrible, Coral.

—Se ve que no quieren que sigas investigando.

—Y ello afirma mi primera creencia: Eunice es inocente.

—Ella es inocente, yo también lo creo así. Pero, entonces, ¿quién es el culpable?

—Rhoda vino anoche a darme ciertos informes, a cambio de dinero. Era amiga de Cobina Coultee.

—Y Cobina le había dicho algo...

—En parte, sí, aunque nada que pueda ser utilizado.

—No te entiendo, Rex.

—Cobina le dijo que era un caso muy turbio, pero tenía alguien al lado que la hizo callar y no con buenos modales. Rhoda, después del asesinato de Cobina, se olió que podía sacar algún dinero, y como sabía que soy periodista y que era precisamente el que había encontrado el cadáver, vino a verme. Me pidió quinientos dólares.

—¿Se los diste?

—¿Me tomas por un potentado? Puedo dar una propina, diez, veinte dólares a lo sumo, pero no quinientos. Caramba, el sueldo de tres semanas...

—Pues si no le diste dinero, ¿cómo conseguiste la información?

Hardon calló. Coral comprendió bruscamente y se puso una mano ante la boca.

—Ella estaba desnuda en el baño —recordó.

—Sí —admitió él.

—Vaya método para conseguir informaciones —dijo Coral, con acento de ofendida dignidad—. ¿No te avergüenza...?

—¿Avergonzarme? —se sulfuró él—. ¿Por qué? Rhoda era una mujer muy guapa y yo no soy de piedra.

—Pero, a pesar de todo...

—Oh, vete al diablo —contestó Hardon de mal talante—. No estoy para oír reproches pudibundos, llenos de hipocresía. ¿Es que tú no te has acostado nunca con un hombre?

Coral se bajó del taburete y le arreó una bofetada monumental.

—¡Por insolente! —dijo.

Y se marchó, taconeando vivamente, ante la sorpresa del abofeteado y de Joey Cork, que no comprendía muy bien lo que había sucedido.

—La chica tiene genio, ¿eh, Rex? —dijo Cork.

—Demasiado, Joey —refunfuñó Hardon.

—Pero luego resultan ser las más mansas y cariñosas. No la dejes escapar, Rex.

Hardon miró pensativamente hacia la puerta por donde había desaparecido la muchacha.

—Procuraré que no se me escape, en efecto —murmuró—. Pero antes me gustaría saber qué demonios de papel pinta en este condenado asunto.

La segunda frase fue pronunciada entre dientes, de modo que no pudo escucharla Cork. Al cabo de unos momentos, lanzando un suspiro, Hardon abonó el gasto y salió a la calle.

CAPITULO VI

El Ganso Loco era un local poco recomendable o, al menos, así lo aparentaba. Apenas cruzó el umbral, Hardon estuvo a punto de dar media vuelta a fin de ir a comprarse corriendo una máscara antigás. Hizo lo que él mismo calificó de heroico esfuerzo y avanzó hacia el mostrador.

Una cuarentona de pechos como melones y rostro avinagrado le puso delante un vaso.

—Del mejor —pidió Hardon.

—Aquí no servimos porquerías —dijo ella.

Hardon probó el whisky. Sorprendentemente, tenía una altísima calidad.

Miró a la mujer. Ella rió, enseñando una dentadura mellada en la parte superior.

—No hay lujos, pero sí buen licor —dijo.

—Se te puede alabar, encanto —sonrió Hardon.

—Me llamo Kate, —Ella se puso un dedo en la boca—. Me rompió el diente un borracho la semana pasada.

—Lo siento

—Más lo siente él. Tiene que pasarse dos meses en el hospital. A mí, mañana el dentista me pondrá la pieza nueva.

—Lo celebro infinito, Kate.

—Todavía no me has dicho tu nombre,

—Rex.

—Eres nuevo aquí.

—Sí.

—¿Buscas algo? En mi casa se encuentra de todo... si tienes «pasta».

Kate se acarició los pechos con ambas manos, haciendo un gesto inequívoco. Hardon se echó a reír.

—No, no busco eso... hoy. Otro día... Busco a Alex Blake.

—¿«El Rata»?

—Nadie me ha dicho que tenga un apodo. Sólo conozco su nombre.

Kate le miró atravesadamente.

—¿Eres de la Policía?

—Si fuese policía, te dejaría el recado a ti, con una tarjeta para que fuese a verme a Jefatura —contestó Hardon un tanto altaneramente.

—Es posible, sí —convino la mujer—. Aguarda un poco.

Kate se alejó y entró en un cuartito trasero. Hardon se apoyó en el mostrador y encendió un cigarrillo, mientras se dedicaba a observar la variada fauna humana que llenaba a medias el local.

Kate volvió a los pocos momentos. Hardon la miró inquisitivamente y ella pronunció una sola palabra:

—Espera.

Luego, la mujer se dedicó a atender a la clientela. Hardon se preguntó qué estaba pasando.

Un par de mujeres pintarrajeadas se le acercaron insinuantes, pero las rechazó con toda cortesía. También tuvo que soportar las insinuaciones de un homosexual, a quien despidió con una cáustica pregunta:

—¿No tienes olfato o eres miope?

El gay se alejó, envuelto en un aura de ofendida dignidad y protestando contra las autoridades que permitían que ciertas personas, que parecían una cosa y no lo eran, circularan libremente por las calles. Hardon oyó aquello y se preocupó considerablemente,

—¿Tengo pinta de marica? —se preguntó.

De pronto, sintió que le tocaban en el hombro.

Era Kate.

—Entra en aquel cuarto. «El Rata» está esperándote.

—Gracias, muñeca.

Hardon fue hacia la puerta por la que había desaparecido antes la dueña de la taberna. Cruzó el umbral y se detuvo delante de un sujeto joven todavía, de unos treinta y cinco años, elegantemente vestido y de sonrisa sólo en apariencia amistosa.

—Hola —dijo el tipo—. Soy Alex Blake.

—Me llamo Hardon. Quiero hablar con usted.

—No es de la Policía, me parece.

Hardon extendió los brazos.

—Si me quiere registrar...

Blake se echó a reír.

—¿Me toma por tonto? Está bien, adelante, suéltelo —invitó—. Puede hablar, pero no le garantizo las respuestas.

—Lo que quiero decirle se refiere a Cobina Coultee, Alex.

La expresión de Blake cambió instantáneamente, y se hizo dura y recelosa al mismo tiempo.

* * *

Blake permaneció un segundo indeciso. Luego chasqueó los dedos.

—Largo —dijo.

—¿Tiene miedo, Alex?

—Fuera. No quiero ni mencionar ese tema —contestó el sujeto roncamente.

—Muy bien, como guste. Veremos a ver si le dice lo mismo al

teniente Ryne, de Homicidios. Le llaman el «Toro», por si no lo sabía.

Blake emitió un obsceno juramento.

—Pero, por todos los diablos...

—Usted acompañaba a Cobina los últimos días —dijo Hardon, inflexible—. A ella le pegaron un tiro, ¿lo recuerda?

—La Policía no pudo hacerme nada. Probé mi coartada.

—Ah, sospechaban de usted.

—¡Maldita sea! Fue al primero a quien buscaron... pero si yo encontrase al que la mató, lo iba a pasar muy mal, se lo aseguro.

—No fanfarronee, Alex. A lo mejor es usted el que lo pasa mal, si no habla.

—¿Me va a pegar? —sonrió el hampón.

Hardon enseñó las palmas de sus manos.

—Soy enemigo de la violencia —contestó—. No sé boxear, ni lucha libre, ni karate, ni acudo a un gimnasio a hacer ejercicio... Pero, en cambio puedo utilizar otras armas que la fuerza bruta.

—¿Por ejemplo?

—Soy periodista, de *El Globo*. Imagínese que cuento algo en mi periódico.

Blake se alarmó.

—¡Diablos, no! —exclamó.

—Entonces, dígame qué le contó Cobina acerca del asesinato de Cassius Vandelaert.

Los párpados de Blake se entrecerraron.

—Ella tenía dinero—manifestó.

—Es lógico; al ser despedida, le dieron una indemnización...

—No, no; tenía más dinero del normal en esa situación. Lo menos diez mil «pavos».

Hardon silbó.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó

—Yo le vi el fajo de billetes y le aconsejé que lo llevara al banco. Ella se echó a reír y me contestó que le gustaba tener el dinero en casa y acariciar los billetes. Soy más decente de lo que muchos piensan; pude haberme aprovechado y...

Hardon miró recelosamente a su interlocutor.

—¿Qué pasó con el dinero?

—Ahí está, también a mí me gustaría saberlo.

—¿Cómo?

—Cobina era una loca. Tenía los billetes en la mesilla de noche. Se los llevó su asesino. De lo contrario, los periódicos habrían dicho algo.

—Usted no se lo contó a la Policía —adivinó Hardon.

—No, ¿para qué?

—Para no complicar más el asunto, ¿eh?

Blake emitió un bufido.

—Cobina dijo que era un asunto muy turbio, pero no quiso darme más detalles.

—Ni siquiera quiso decir por qué tenía tanto dinero.

—Siempre dijo que era la indemnización de despido. Me pareció mucho dinero, pero ¿cómo podía contradecirla?

—Sí, lo comprendo. Está bien, Blake, muchas gracias.

—Oiga —exclamó el hampón—, ¿qué es lo que va a contar de todo esto?

Hardon sonrió.

—Tranquilícese, Alex —dijo—. Usted será, cuando publique el reportaje, lo que suele llamarse «fuentes bien informadas».

—Así está mejor —sonrió el sujeto.

Hardon volvió al local. Kate le miró críticamente.

—Ponme otra dosis de ese whisky tan bueno —pidió.

—¿Ha resultado bien la entrevista? —preguntó ella.

—Magnífica. Tengo que darte las gracias sinceramente.

—Me ha caído simpático desde el primer momento...

Algo interrumpió bruscamente a Kate. Tres sonidos repetidos con gran rapidez, muy iguales.

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Todas las conversaciones se suspendieron en el acto. Hardon quedó con el vaso a mitad de camino en el viaje a su boca.

En el absoluto silencio de la noche, pudo escucharse el ruido de un automóvil que arrancaba a toda velocidad. Hardon frunció el ceño. Aquel tubo de escape... ¿tenía algún defecto?, pensó, recordando las palabras de Stella Forbes, la cocinera de Vandelaert.

De repente se oyó un terrible chillido.

Una mujer se levantó, convulsa, estremecida de horror, señalando con la mano hacia la puerta del cuarto trasero, en cuyo umbral acababa de aparecer Blake, con la cara desencajada y los ojos fuera de las órbitas.

Blake se apoyaba con ambas manos en las dos jambas de la puerta. Hardon vio su pecho lleno de sangre.

El sujeto quería decir algo, porque movía los labios, pero repentinamente, brotó un chorro de sangre de su boca y se vino al suelo aparatosamente. Hardon comprendió que aquéllos eran los últimos instantes de la vida de Blake.

* * *

Puso un poco de azúcar en el café y lo removió pensativamente con la cucharilla. Ryne se sentó a su lado y pidió también café.

Durante unos momentos, los dos hombres permanecieron en silencio. Luego, el policía dijo:

—Empiezo a creer que tenías razón, Rex.

—Sí, ¿verdad?

Ryne emitió un gruñido.

—Eunice es inocente, conforme, pero ¿por qué admite su culpabilidad en un caso que le puede costar la prisión de por vida?

—Habría que preguntárselo a ella y no querría responder.

—Cobina ha muerto y a ti quisieron matarte. Ayer murió Alex Blake, el amigo de Cobina.

—Le quisieron tapar los labios, pero ya era tarde.

—¿Te dijo algo interesante?

—Sí. Cobina cometió perjurio en su declaración. Por eso le dieron diez mil dólares.

Ryne saltó en su asiento.

—¡Diez mil...!

—Me lo dijo Blake. Vio el dinero.

—Eso se lo calló cuando le interrogó el sargento...

—No querría compromisos o tal vez esperaba la ocasión de volver al apartamento de Cobina, para ver si el dinero seguía allí y quedárselo. Pero, al parecer, el asesino se lo llevó.

—Diez mil dólares —repitió Ryne pensativamente—. Y eso, ¿por qué, Rex?

—Yo te lo diré, Jack. Cobina conocía al asesino.

—¿Lo crees así, Rex?

—Estoy seguro. Lo he pensado mucho. Ella pudo no oír el disparo que mató a Vandelaert, pero sí vio al asesino desde su cuarto, cuya ventana da a la fachada norte y permite divisar un gran trecho de la Avenida Washington. La cocinera no podía ver aquel sector del jardín, pero ella, desde su dormitorio, sí, insisto en ello.

—Y primero aceptó ser sobornada..

—Para guardar silencio.

—Pero después, por lo visto, debió pensar que era poco dinero.

—O quizá le hacía falta al asesino.

Ryne sacó medio cigarro del bolsillo de su chaqueta y lo sujetó con los dientes.

—Tendríamos que saber por qué calla Eunice y a quién oculta —dijo.

—¿Por qué no vas a preguntárselo?

—El caso está cerrado. Dentro de cuatro días, el juez Weaver dictará sentencia. Oficialmente, no puedo hacer nada.

—Nadie te dice que actúes de una manera oficial. Pero tú tienes más experiencia que yo en tratar con la gente. Quizá le saques algo, si le aprietas un poco las clavijas.

Ryne encendió un fósforo y lo aplicó al cigarro. En aquel momento, sonó una fresca voz de mujer:

—¿Hay una taza de café para una prostituta sin trabajo?

Hardon y Ryne cambiaron una mirada. Luego, Ryne recorrió con la vista el bien dotado cuerpo de Coral Swill.

—Está sin trabajo, dice. Si te quedas en la puerta cinco minutos, pronto tendrás una sola que doblará la esquina.

—Sin trabajo no quiere decir que no tenga solicitantes, sino que no los acepto —contestó ella desenvueltamente—. ¿Qué me cuentan este par de sabuesos?

Ryne se encaminó hacia la salida.

—Rex le dirá algo, si quiere, señorita —se despidió por encima del hombro.

Coral se sentó en el taburete. Llevaba una falda muy ajustada y se le subió casi por completo. Hardon rozó con los dedos la tersa y dura carne del muslo, por encima de la media que sujetaba el portaligas.

—Unas piernas preciosas —elogió.

—No están mal —admitió ella.

—Todo lo contrario. Coral, ¿cuándo nos vamos a la cama? Ella le miró agudamente.

—Cuando hayamos solucionado el enigma —respondió.

CAPITULO VII

Hardon sacó cigarrillos. Coral encendió el suyo y, después de unas bocanadas de humo, dijo:

—He estado pensando, Rex.

—¿Cuántas aspirinas has tenido que tomarte después? —preguntó él irónicamente.

—Hacer trabajar mi mente no me ocasiona dolor de cabeza. La tengo bien entrenada, cosa que no se podría decir de otras personas.

—Por ejemplo...

—Tú, Rex.

—¿Yo?

—Sí, estúpido.

—¡Coral! —protestó Hardon.

—Calla y escúchame —dijo la muchacha enérgicamente—. Rex, estamos investigando sobre el auténtico asesino de Vandelaert, ¿no es así?

—Cierto.

—Y Eunice se acusa de ese crimen.

—Efectivamente.

—Pero ella no lo ha cometido.

—Porque oculta a alguien, eso es evidente, y más después de lo que ha sucedido en estos últimos días.

—Muy bien, entonces, ¿por qué no empezamos por donde debimos haber empezado realmente?

—No acabo de entender...

Coral sonrió sibilinamente.

—Tú lo has hecho muy bien, hay que admitirlo

—dijo—. Primero querías hablar con Cobina Coultee, y si no pudiste, fue porque la habían asesinado; luego hablaste con Stella, la cocinera...

—Me falta el chófer-jardinero —se lamentó Hardon.

—Ya lo encontraremos, descuida. Luego —siguió la muchacha—, una pobre chica vino a verte, esperando ganarse quinientos dólares y se encontró con un bombazo en las tripas. Pero te dio una buena información.

—Sí, muy buena, porque confirmó mis primeras apreciaciones.

—¿Qué te dijo Blake, Rex?

—Continúa tú primero; luego te contaré mi entrevista con Blake.

—Muy bien. Estaba diciéndote que habías seguido el camino correcto, pero eso no es del todo exacto.

—¿Por qué?

—Eunice admite ser culpable, pero no lo es, porque oculta a alguien. ¿Te das cuenta de que no hemos investigado su pasado?

Hardon se acarició pensativamente la mandíbula inferior.

—Es cierto —admitió.

—Eunice tiene cuarenta años, más o menos; y es una mujer que está todavía muy apetitosa. Pero ¿qué hacía antes de convertirse en el ama de llaves de Vandelaert, oficialmente, y su querida, ya menos oficialmente?

—Habría que averiguarlo, ¿no crees?

Coral sonrió.

—Lo creo —repuso.

Hardon alzó el índice.

—Entonces, deberíamos empezar por Greg, el chófer-jardinero. Ese sí llevaba unos cuantos años con Vandelaert. ¿Qué te parece?

—Magnífico. —Coral saltó al suelo—. Vamos ya, encanto.

Momentos después, se sentaban en el coche. Al arrancar, ella le hizo una pregunta:

—Bien, ¿y qué más has averiguado?

—Cobina fue sobornada. Vio al asesino.

Coral emitió un silbido.

—¿Seguro, Rex?

—Tuvo que ser así. De otro modo, no se comprende que tuviera diez mil dólares en su poder. Alguien vio ese dinero.

—Un buen pico, tú. Pero la Policía no dijo nada...

—El asesino debió llevarse ese dinero, después de matarla. Cerró una boca comprometedora y recobró algo que, seguramente, no había dado de muy buena gana.

—Me pregunto —dijo Coral, a la vez que se recostaba en el asiento—, quién puede ser el verdadero asesino. ¿Lo está ocultando Eunice?

—Eso parece.

—¿Por qué? Es una mujer todavía joven, tiene ante sí muchos años de vida, que puede ser llena de felicidad... No tiene sentido permitir que la encierren para siempre, detrás de los muros de una cárcel... aunque bien mirado, cuando lo hace, debe de tener muy poderosas razones para ello.

—Sí, y probablemente alguien nos diga hoy parte de esas razones, muñeca.

—¿Quién, Rex?

—Greg Royster, el chofer-jardinero de Vandelaert.

* * *

Royster era un hombre de unos cincuenta años, con el pelo canoso y cierto aire aristocrático, que se apreciaba sobre todo en

lo mesurado de sus ademanes y en la pulcritud de su lenguaje. Cuando Hardon y la muchacha llamaron a su casa, Royster estaba haciendo el equipaje.

—¿Acaso se marcha usted? —preguntó Hardon, después de los primeros saludos, al observar la maleta abierta todavía.

—En cierto modo, señor. He encontrado un empleo como mayordomo y ya no necesito seguir en este apartamento, que había alquilado momentáneamente —contestó Royster—. ¿En qué puedo servirles?

—Se trata del asesinato del señor Vandelaert.

—Lo hizo la señora Norgen, señor.

Hardon contuvo una sonrisa. Royster no podía desprenderse de sus hábitos.

—Es lo que se ha declarado oficialmente y, de momento, no vamos a contradecir a quienes tienen más autoridad que nosotros. Pero, dígame, señor Royster...

—Greg, por favor, señor.

—Sí, Greg, muchas gracias. Se trata de la señora Norgen. Usted la conocía, ya que dependía de ella... pero, ¿desde cuánto tiempo?

—Pues, verás, señor; yo fui contratado por el difunto señor Vandelaert hará cosa de tres años.

Hardon enarcó las cejas.

—Creí que llevaba mucho más tiempo al servicio de Vandelaert —exclamó.

—Hasta cierto punto... —sonrió Royster—. Yo estuve trabajando durante nueve años, con los anteriores dueños de la residencia. Conseguí unos ahorrillos y me marché, para montar un negocio propio, pero las cosas no me fueron bien. Entonces, el otro chófer, es decir, el que ya había contratado el señor Vandelaert, después de comprar la residencia al señor Harrogate, que fue su anterior propietario, me propuso ocupar su puesto, ya que él se retiraba por la edad. El señor Vandelaert, consideraba que ya había estado en la casa, me aceptó inmediatamente.

—O sea, la señora Norgen ya desempeñaba el papel de ama de llaves —intervino Coral.

—Sí, señorita; desde hacía unos tres años, aproximadamente.

—Lo que significan seis años con Vandelaert —dijo Hardon.

—Aproximadamente, señor.

—Greg, en tres años se aprende mucho de una persona —manifestó el periodista—. ¿Qué nos puede decir usted de la señora Norgen?

Royster dejó de sonreír en el acto.

—No entiendo, señor —contestó fríamente.

Coral dio un paso y colocó su mano en el brazo del hombre.

—Greg, ella es inocente y nosotros queremos probarlo —dijo persuasivamente—. Pero necesitamos mucha información, ¿comprende?

—Bueno... Yo no tengo nada que decir en contra de la señora Norgen, si no se trata de elogios. Con la servidumbre se mostraba siempre cortés y afectuosa, llena de amabilidad y siempre tenía una sonrisa para todo el mundo.

—Pero era la amante de Vandelaert.

Royster hizo un ademán.

—Eso no se puede negar —respondió—. Sin embargo, eran unas relaciones que se llevaban con mucho cuidado.

—Ocultándolas a todo el mundo.

—Sí, señor.

—Greg, ¿de veras cree que fue ella quien mató a Vandelaert? —preguntó Coral.

—La encontraron en su despacho, con el revólver en la mano...

—¿Quién la encontró? —preguntó Hardon vivamente.

—Cobina. Ella fue la que vino a avisarme. Yo estaba en el extremo opuesto del jardín, podando unos setos. En aquel lado, el tráfico, aunque pasa a unos treinta metros de los límites del jardín, es bastante intenso y me impidió oír el ruido del disparo, aparte de que la distancia es también muy grande. Cobina llegó, terriblemente agitada, y me dijo que el señor Vandelaert estaba muerto. Sufrí un terrible choque, créanme. Yo no esperaba nunca que pudiera suceder una cosa semejante.

—A pesar de las disputas que se producían últimamente entre los dos —dijo Coral.

—Sí. No sé qué había pasado; ella, la señora Norgen, siempre tan apacible, tan ponderada... Había momentos en que se ponía como una fiera.

—¿Por qué, Greg? —inquirió Hardon.

—No lo sé, señor —respondió Royster—. Nunca supimos los motivos de sus discusiones, que se habían iniciado casi de repente, unos tres meses antes del asesinato del señor Vandelaert. Pero ella parecía perder la cabeza... Un día la vi salir de su despacho, con los ojos fuera de las órbitas... Y antes de cerrar al puerta, vi que se volvía y le decía al señor: «Eso no lo consentiré jamás, jamás... Antes de permitir que lo hagas, sería capaz de matarte.»

Hardon frunció el ceño.

—Greg, que yo recuerde, usted no dijo nada semejante en el juicio —manifestó.

—Es que no quise agravar la situación de la señora, señor. A pesar de todo, me parece imposible que fuese ella quien

disparase...

—Es decir, usted piensa que es inocente.

—Sí, señor, aunque todas las pruebas estén en su contra.

—Entonces, si es inocente, ¿por qué se acusa de algo que no ha cometido? —exclamó Coral.

Royster hizo un gesto pesimista.

—No lo sé, no acabo de entenderlo... A menos que...

—¿A menos que...? —repitió Hardon ansiosamente, presintiendo una nueva revelación del hombre.

—Quizá esté relacionado con los viajes que hacía ella cada dos meses.

—¿Cada dos meses?

—Sí, señor, y siempre en las mismas fechas, bueno, con un día o dos de diferencia, hacia los primeros de mes. Estaba fuera cuatro días, a veces tres, pero nunca más.

—Eso quiere decir que iba a ver a alguien.

—Presumiblemente, así debía de ser, señor.

—¿Tiene usted alguna idea de la persona a la que visitaba?

—No, señor.

—Pero usted era el chófer de la casa... —exclamó la muchacha.

—Había tres coches, señorita —sonrió Royster—. Uno de ellos lo usaba la cocinera para ir a la compra; el grande, lo utiliza el señor y lo conducía yo. La señora Norgen tenía un Volkswagen. Se lo llevaba cada vez que se ausentaba y, como pueden comprender, no iba a seguirla.

—Porque no se lo ordenó Vandelaert, tal vez.

—El señor Vandelaert, en mi opinión, estaba enterado de los motivos de esos viajes, pero jamás le hizo el menor reproche —declaró Royster.

—Entonces, esos viajes no tenían nada que ver con las discusiones que se suscitaban en los últimos tiempos.

Royster se encogió de hombros.

—Cuando yo volví a la casa, hace tres años, ella ya hacía esos viajes cada dos meses, es todo lo que puedo decirles.

Hardon se volvió hacia su acompañante.

—Coral, creo que ya no tenemos nada que preguntar al señor Royster —dijo.

—Sí, se te olvida algo —contestó la muchacha—. Greg conocía a Eunice solamente hacía tres años. Pero ella llevaba seis en la casa. El anterior chófer quizá pueda darnos más detalles.

—Es verdad —admitió Hardon—, Greg, ¿puede darnos el nombre de su antecesor?

—Oh, sí, señor; se llama Ned Crobbins y vive... Espere, se lo anotaré.

Momentos después, Hardon y Coral salían de la casa con la mano en la portezuela, para que Coral entrase en el coche, él hizo una pregunta:

—Hermosa, ¿qué opinas tú de todo esto?

—¿A quién oculta Eunice? —dijo ella, mirándole fijamente.

—Ahí está la clave del asunto, ¿verdad? —sonrió Hardon.

—Si pudiéramos saber a quién visitaba cada dos meses...

—Es que ni siquiera sabíamos adónde iba, Rex.

Hardon asintió e hizo girar la llave de contacto. Al arrancar, dijo:

—Tendré que hablar con ella nuevamente, Coral.

—¿Ahora?

—Es tarde ya para ir a la prisión. Más me gustaría hablar contigo a solas.

—Estamos solos —le recordó ella.

—¿Solos? Hay cientos de coches a nuestro alrededor, miles de personas por la calle... Yo hablo de una habitación en penumbra, con música de fondo y tintineo de cubitos de hielo en el vaso de whisky.

—¡Obsceno individuo! —le apostrofó Coral—. ¿Es que no sabes pensar más que en cosas del sexo?

—Uno no es un poste de telégrafos y tiene al lado una chica muy apetitosa —rió Hardon.

—Esta chica apetitosa, como tú dices, guarda sus encantos para el hombre que verdaderamente se los merezca. Los tiempos que corren son muy liberales, pero la chica apetitosa es también muy decente.

—Por muchos años, nena. Y ¿quién es el hombre que merecerá disfrutar de tus encantos?

—Mi marido.

—No sabía que estuvieras casada —respingó él.

—No lo estoy. Quiero decir que un día me casaré, ¿comprendes, idiota?

—Sí, ahora ya lo entiendo. Coral, dime, preciosa, cuando te cases, ¿será tu marido el primero en disfrutar de tus innumerables encantos?

—Rex, para —exclamó Carol—. Estoy viendo una tienda de licores y quiero comprar una botella para rompértela en la cabeza, obseso sexual.

Hardon lanzó una alegre carcajada.

—Me gustas así, fierecilla por domar.

—No me domarás tú —refunfuñó la joven.

—¿Quién sabe?

Coral se arrellenó en el asiento y cruzó los brazos bajo el seno. Durante unos momentos, permaneció silenciosa.

Luego, de pronto, dijo:

—Se me está ocurriendo una idea, Rex.

—A ver, habla.

—No, ya te lo diré más tarde.

—¿Cuándo?

En aquellos momentos, Hardon se veía obligado a detenerse, para obedecer el alto indicado por un semáforo en rojo. Antes de que pudiera evitarlo, Coral abrió la portezuela y saltó al suelo.

—¡Ya nos veremos! —se despidió.

Hardon contuvo una imprecación. Pero luego, resignándose, meneó la cabeza.

—Esta chica...

El semáforo cambió a verde y pisó el acelerador nuevamente.

CAPITULO VIII

Terminó la hamburguesa y se llevó a los labios la jarra de cerveza. Entonces, alguien le palmeó las espaldas.

—Hola, sabueso.

—Hola, «Toro».

Ryne se sentó junto al joven.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó.

—¿Has averiguado tú algo?

El policía se echó a reír.

—Intercambio de informaciones —propuso.

—De acuerdo, Jack.

—Empieza, Rex.

—En efecto, ella, una vez, amenazó con matarle.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho Royster.

Ryne frunció el ceño.

—No lo declaró así en el juicio ni cuando le interrogamos nosotros —recordó.

—Por lo visto, no quería comprometerla más. La aprecia mucho, ¿sabes?

—¿Por qué la amenaza, Rex?

—Royster no lo sabe. Sí puede decir que las discusiones y las peleas empezaron unos tres meses antes del crimen. Ella, entonces, se ponía como una fiera.

—Es raro —se sorprendió Ryne—. Tan apacible...

—Algo debía de pasar, para hacerle perder su carácter amable y cariñoso, aunque fuese solamente durante unos momentos.

—Pero ¿por qué le amenazó de muerte, Rex?

—Royster no lo sabe. Sólo pudo decirme que, en una ocasión, oyó las amenazas que ella profería. Eunice decía que jamás lo consentiría... no sé qué era lo que no iba a consentir, y que antes de permitir que él lo hiciera, sería capaz de matarle; Es todo lo que puedo decirte, «Toro».

Ryne entornó los párpados.

—Acaso Vandelaert quería sustituirla por otra más joven —apuntó.

—Yo también lo he pensado así —admitió Hardon—. Pero eso no compagina muy difícilmente con el hecho de que ella oculte al verdadero asesino.

—Sí, resulta un tanto complicado.

Hardon prefirió ocultar por el momento el dato de los viajes bimensuales de Eunice. Más adelante, lo sacaría a relucir si lo estimaba conveniente para sus proyectos.

—Bueno, «Toro», ahora te toca a ti —dijo.

—He podido averiguar que Eunice vino aquí hace seis años. Residía en Los Angeles. Sé que tenía una tienda de ropa para señora, pequeña, no muy boyante..., pero, por el momento, es todo lo que he podido averiguar. Sin embargo, he pedido a un amigo policía de Los Angeles que investigue sobre la vida anterior de la señora Norgen. Ahora bien, hay que tener en cuenta que se trata de una petición extraoficial. El caso está cerrado, recuérdalo. Por tanto, no sé cuándo tendré la respuesta.

—Me llamarás en cuanto sepas algo, supongo.

—Descuida. Oye, ¿cómo va la putita?

Hardon se echó a reír.

—Nos peleamos, nos reconciamos... Es una chica estupenda.

—¿Ardiente?

—Si quiero comprobarlo, tendré que casarme con ella.

—¿Ese es su «precio»?

—Según lo que dice, sí, «Toro».

—Puede resultar un precio muy caro... o muy barato, según vayan las cosas en el matrimonio. Pero eso no se sabe hasta que han pasado unos cuantos años.

—Tú tienes alguna experiencia sobre el particular —dijo Hardon alegremente.

Ryne hizo una mueca.

—Quince años, cuatro hijos... ¡y el quinto en camino!

Hardon se echó a reír.

—Hombre, no, que ahora hay televisión para distraerse por las noches —exclamó.

—Pero, a veces, uno pilla un fin de semana sin jaleos, sin crímenes, muy tranquilo, se queda en la cama más de lo normal y...

El periodista puso unas monedas sobre el mostrador.

—Resignación, «Toro» —se despidió con jovial acento.

* * *

Eunice Norgen frunció el ceño al hallarse en presencia del periodista.

—¿Otra vez usted? —preguntó.

—No pienso desistir, señora —dijo Hardon, sin desanimarse por la hostil acogida de la prisionera.

—¿Qué piensa obtener con todo esto? ¿Fama? ¿Dinero? ¿Busca el escándalo con la publicación de un reportaje lleno de mentiras?

—Yo diría que las mentiras son las publicadas hasta ahora, señora. Y usted sabe muy bien que no hablo por hablar.

—El jurado ya dio su veredicto...

—Porque no se dijo toda la verdad en el juicio, empezando por su propia admisión de culpabilidad, cuando sabe que no es cierto, que el asesino es otro. Usted encubre a alguien... y debe de querer mucho a esa persona, cuando está dispuesta a pasarse el resto de sus días en la cárcel.

—No creo que eso sea de su incumbencia, señor Hardon —dijo Eunice fríamente.

—No lo sería si yo fuese un tipo cualquiera, pero da la casualidad de que soy periodista y de que creo en su inocencia. Señora Norgen, hablemos claro —dijo Hardon firmemente—. Usted encubre a alguien, y eso significa que quiere evitar un escándalo. Pero me temo que no se da cuenta de lo que pasa hoy en este mundo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, intrigada.

—Es muy sencillo. Si usted dice la verdad, habrá, ciertamente, un escándalo. Pero eso durará veinticuatro horas, créame. Tengo motivos para saberlo. Hay guerras por todas partes, conflictos en todo el mundo, atentados terroristas, problemas en el Oriente Medio... Un día, su caso llenará las primeras planas de los diarios, pero al día siguiente, nadie se acordará de usted. No se trata de una artista más o menos célebre, que tiene que recurrir a todos los procedimientos habidos y por haber para conseguir que se hable de ella continuamente. Usted, solucionado el caso, se sumirá en una vida oscura y sin relieve... lo mismo que la persona a quien oculta. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, pero eso no me hará variar de opinión, señor Hardon —dijo Eunice con voz tensa.

—¿Merece esa persona su sacrificio?

La voz de Eunice tembló súbitamente.

—Sí —respondió.

—¿Quién es?

—Oh, cálese, cálese...

—Esa persona, ¿era la misma a la que iba usted a visitar cada dos meses?

Eunice se sofocó.

—¿Quién se lo ha dicho? —grito.

—Él mismo que la oyó amenazar de muerte a Vandelaert. Usted le dijo en cierta ocasión, que jamás le consentiría... no sé qué, porque no he podido averiguarlo, y que antes de permitir que él lo hiciera, fuese lo que fuese, usted sería capaz de matarle. ¿Qué es lo que no le iba a consentir a Vandelaert?

Eunice apretó los labios.

—No tengo más que decir —contestó.

Y se puso en pie bruscamente.

Hardon alzó el índice.

—Señora Norgen, debería ayudarme —dijo—. Porque usted es inocente, y lo sabe mejor que nadie, lógicamente; y puesto que está dispuesta a callar, el verdadero asesino debería sentirse tranquilo, sabiendo que no va a ser delatado. Pero resulta que yo he metido las narices en el caso, y ya me han dado un buen porrazo y han intentado asesinarme, tirándome una bomba de mano en el cuarto de baño. Además, debe pensar en Cobina Coultee, asesinada, y en su amigo Blake, también asesinado. ¿No le incita eso a decir toda la verdad?

Eunice puso ambas manos en la mesa, inclinándose hacia adelante, para mirar al joven con ojos llameantes.

—Aunque lo dijera, ¿quién me iba a creer, si no dispongo de pruebas suficientes?

—Se buscarían —aseguró él.

—Las pruebas nunca se buscan, si no se tienen sospechas muy fundadas de la culpabilidad de la persona acusada.

Hardon sonrió.

—Gracias, señora Norgen.

—¿Por qué? No le he ayudado...

—Al contrario, acaba de proclamar su inocencia.

Eunice se quedó desconcertada. Antes de que pudiera decir algo, Hardon estaba ya dirigiéndose hacia la puerta del locutorio de la prisión.

* * *

Con su aire vivaz y desenvuelto de costumbre, Coral llegó junto a la mesa ocupada por el periodista y se sentó frente a él.

—Hola, sabueso —dijo.

—Cada uno se paga su gasto —propuso él.

—Muy bien, de acuerdo, hombre nada galante, incapaz de invitar a cenar a su futura esposa.

Hardon se puso a toser violentamente.

—¿Qué te pasa? ¿No te encuentras bien? —preguntó Coral.

—Es que... me ahogo... de risa... Ja, ja, ja... Tú, mi esposa...

—Oye, pues no estoy tan mal, creo. Si me vieras cuando me miro yo en el espejo del ropero, después del baño, mugirías como un toro en celo.

—Tú no eres una vaca, Coral, aunque admito que tienes unas ubres muy bien hechas. Pero, casarnos...

—¿No lo estabas deseando?

—Lo que yo deseaba era otra cosa, tonta.

—Sí, disfrutar de mis encantos sin las obligaciones de un marido.

Hardon se puso las manos en el pecho.

—Yo no me inventé eso de que eras una prostituta —contestó.

—Bueno, tenía que simularlo, pero no dio resultado. No soy buena actriz, Rex —dijo ella de mala gana.

—Coral, ¿qué eres en realidad?

—¿Qué dirías tú si respondiese a esa pregunta?

—Aliviaría mi curiosidad, simplemente.

—Si te digo que soy detective privado, ¿me creerás?

Hardon miró recelosamente a la joven.

—Puede ser —dijo—. Cosas peores se han visto en, este mundo.

Coral se sulfuró.

—Ser detective privado no es tan malo —exclamó, picada.

—No, claro que no. Pero ¿y si hablásemos de otra cosa, encanto?

—¿De qué quieres que hablemos?

—Hoy me dejaste plantado ante un semáforo. Dijiste que tenías una idea. ¿Qué ha pasado?

—¿Me contarás tú lo que hayas podido averiguar?

Hardon levantó solemnemente la mano derecha.

—Te lo prometo —dijo.

—Muy bien, entonces...

Coral no pudo seguir hablando. Alguien, en aquellos momentos, hizo una pregunta que, dadas las circunstancias, resultaba superflua:

—¿Interrumpo?

CAPITULO IX

Hardon hizo las presentaciones:

—Jefe, Coral Swill —dijo—. Coral, mi jefe... bueno, ex jefe, o sea, el director de *El Globo*, Tom Kittington.

—Es un placer, señorita Swill —dijo Kittington—, ¿Les importa que me siente unos minutos con ustedes?

—Al contrario, nos sentiremos encantados —exclamó Coral—. Es la primera vez que conozco a un director de periódico y más de la importancia de *El Globo*.

—Mi periódico podría marchar mucho mejor, si tuviese en la nómina a un tipo terco como una mula de Kentucky, en estos momentos sentado frente a usted, señorita Swill —sonrió Kittington.

—Un poco terco sí es —admitió ella—. Pero, en el fondo, no es mal chico.

—Gracias, encanto —dijo Hardon mordazmente.

Kittington se volvió hacia él.

—Supongo que no le importará si me siento a cenar con ustedes —dijo.

—Soportaremos bien su compañía, no tema —sonrió Hardon, a la vez que señalaba con la mano la silla contigua.

—Gracias, muchacho. —Kittington miró a Coral—. Da mucho optimismo esto de cenar con la gente joven.

—Me lo imagino —sonrió ella—. Pero la juventud se pasa.

—Dígamelo a mí —rió el director, a la vez que se pasaba la mano por el pelo, en el que ya lucían abundantes canas—. Se me ha pasado sin darme cuenta y... ¡Camarero, por favor!

Kittington encargó el menú, después de lo cual, apoyó los codos en la mesa y clavó la mirada en el joven.

—¿Qué hay, Rex?

—Poca cosa, salvo que me confirmo una vez más en mi primera impresión: ella es inocente —contestó Hardon.

—Encubre a alguien —dijo Kittington con voz neutra.

—Sí, pero no hemos podido averiguar de quién se trata, por más esfuerzos que hemos hecho.

—Ah, «hemos» hecho...

Hardon señaló a la muchacha.

—Ella es mi ayudante —mintió.

—Oh... —Kittington sonrió maliciosamente—. El caso da para tener ayudante.

—Sí, pero gratuito —declaró Coral con rapidez.

—Pero espera cobrar alguna recompensa después, señorita.

—Sí, mi cama —dijo Hardon—. Conmigo dentro, claro.

—¿Es eso cierto, señorita?

—Me meteré con él en la cama, después de casarnos. Pero eso es tan imposible como que el sol salga por el oeste —contestó la muchacha.

Kittington hizo un gesto con la cabeza.

—Estos jóvenes de hoy día... En mis tiempos, un tema así no se podía tocar ni de lejos en presencia de una dama... pero hay que acomodarse a la época o, como dijo aquél, perecer. Rex, muchacho, ¿quieres una posible pista?

Hardon casi botó en su asiento, a causa de la sorpresa que le producían aquellas palabras.

—Pero, jefe...

—A veces —sonrió Kittington—, es conveniente seguir el conocido refrán: «Si no puedes derrotarle, únete al vencedor».

—Ah, me toma ya por vencedor —dijo el joven con sarcasmo.

—En cierto modo, sí, porque, aunque sigues despedido, también es cierto que no has variado de modo de pensar en lo referente al asesinato de Vandelaert. Por tanto, quizá mi ayuda te sirva de algo.

—A ver, hable —pidió Coral, invadida por la curiosidad. Un hombre como Kittington, pensó, a la fuerza tenía que saber muchas cosas de la gente.

—Muy bien —continuó Kittington— Rex, si usted recuerda algo sobre el particular, debe pensar inmediatamente en la clase de tipo que era Vandelaert. Muy rico, pero, a la vez, con menos amigos que un loro muerto. Orgulloso, antipático... ¿cómo podía soportar Eunice a un tipo así?

—El amor es ciego, jefe —dijo el joven sentenciosamente.

—Sí, supongo. Pero la fortuna de Vandelaert tenía unos orígenes más bien oscuros. Y todavía seguía haciendo dinero por métodos nada honestos.

—¿Por ejemplo?

—Él chantaje. Sé de uno que era chantajeado por Vandelaert y tenía que pagarle verdaderas montañas de dinero. A la fuerza tuvo que llegar un momento en que la víctima no podía pagar más y, como era de suponer que Vandelaert no aflojase en sus peticiones, esa persona pudo tomar la decisión de acabar de un tiro con sus problemas.

—¿Quién es, jefe?

—Brandon Stemmes.

Hardon asintió.

—Es una posibilidad digna de ser tenida en cuenta —manifestó—. Supongo que será inútil preguntarle a usted cómo ha llegado a saber este dato.

Kittington sonrió.

—¿Qué periodista revela sus fuentes de información? —replicó.

La velada siguió luego por otros derroteros. Al terminar, Kittington pidió la nota, cosa que asombró no poco a Hardon.

—Jefe, está desmintiendo su fama de tacaño —exclamó.

Kittington sonrió.

—Sólo es eso, fama —respondió—. Pero no realidad.

Pagó, añadió una generosa propina y se puso en pie. Tomó la mano de Coral y sonrió.

—Si ese golfo quiere llevársela a la cama, que pase antes por la vicaría —dijo,

—Lo dudo mucho, pero, en fin, ¡pasan tantas cosas raras en este mundo! —contestó ella.

Kittington rió estruendosamente. Dio una palmada a Hardon en el hombro y se encaminó hacia la salida.

Hardon pidió una taza de café y encendió un cigarrillo.

—Bueno, ¿qué opinas tú, nena? —preguntó.

Coral puso los codos en la mesa, juntó las manos y apoyó en ellas el mentón.

—Tendrás que ir a ver a Stemmes —dijo.

—Sí, pero mañana, claro.

—¿Qué me dices de Ned Crobbins, el anterior chófer de Vandelaert?

—Ya no puedo hacer nada hasta mañana —suspiró el joven—. Estas no son horas de visitas y menos cuando se trata de un asunto nada agradable y no se tiene la autoridad de la policía. Pero, si mal no recuerdo —añadió Hardon—, nos habíamos separado hoy y todo porque tú habías tenido una idea.

—Fracasó —dijo Coral tristemente.

—¿De qué se trataba?

—Ahora que he fallado... ¿qué importa? ¿Qué has averiguado tú?

—Prácticamente, nada, excepto, como ya he dicho, confirmar que Eunice encubre a alguien —respondió Hardon.

* * *

El hombre tenía ya la cabeza completamente blanca, aunque se mantenía erguido y en buena forma física. Hardon y Coral salieron a su encuentro, cuando, cargado con dos bolsas de papel, se disponía a entrar en la casita rodeada de un pequeño jardín en que vivía.

—Señor Crobbins —dijo Hardon.

El hombre le miró recelosamente.

—¿Sí?

—Soy periodista —se presentó el joven—. Señor Crobbins, ella es Coral Swill, también... periodista. Deseamos hablar con usted...

Coral alargó las manos vivamente.

—Permítame que le ayudemos, señor Crobbins —se ofreció.

Hardon se hizo cargo de la segunda bolsa. Crobbins abrió la puerta y pasó al interior de la casa.

—Dejen, ya las llevaré yo a la cocina —sonrió.

—No lo consentiremos —dijo Hardon—. ¿Vive usted solo, señor Crobbins? —preguntó.

—Mi esposa murió ya hace algunos años. Tengo un hijo, pero vive en Fresno, con su mujer y sus niños... Yo me encuentro muy bien aquí y no quiero moverme —explicó Crobbins—. Pero, dígame, ¿en qué puedo servirles?

Desde la cocina, habían vuelto a la salita. Hardon sacó cigarrillos y ofreció uno al anciano, pero éste lo rehusó.

—Señor Crobbins, usted trabajaba aún para el señor Vandelaert, cuando la señora Norgen fue contratada —dijo.

—Así es. Era una mujer encantadora, amable, afectuosa, cortés... Jamás tuvo una palabra fuerte para la servidumbre...

—Es lo que tengo entendido —convino Hardon—. Pero también sabemos que cada dos meses, aproximadamente, hacía un viaje a Los Angeles.

—Sí, es cierto.

—¿A quién visitaba?

—No lo sé. A este respecto, se mostraba muy reservada. Jamás dijo nada sobre el particular.

Hardon hizo un gesto de desaliento.

—¿Qué decía el señor Vandelaert? —preguntó.

—Nunca puso objeciones. Es más, incluso la acompañaba en alguna ocasión.

—¿Seguro?

—Sí, señor. Lo sé porque entonces se llevaban el coche grande, que conducía el señor Vandelaert.

—¿Hubo discusiones entre ellos, cuando usted trabajaba en la casa?

—No, señor, en absoluto. Por lo que sé, las discusiones empezaron muchísimo después, es decir, hace unos pocos meses... Pero ¿no quieren tomar un poco de café? Si me permiten, lo haré en cinco minutos...

—Se lo agradeceremos, señor Crobbins —aceptó Coral.

Crobbins se fue hacia la cocina, mientras Hardon y la muchacha se disponían a encender un cigarrillo. De pronto, oyeron una exclamación del anciano:

—¡Señor Hardon!

El periodista se acercó a la puerta. Crobbins estaba junto al fregadero, con la cafetera en la mano izquierda.

—Perdón, de repente, he recordado algo...

Crobbins alargó la mano y asió el grifo para abrirlo y llenar la cafetera. En el mismo instante, brilló un vivísimo chispazo azulado y se oyó un violento estallido.

Los ojos de Crobbins amenazaron con saltarse de sus órbitas. En pie, agarrado al grifo, su cuerpo era recorrido por violentísimas convulsiones. Coral lanzó un chillido de espanto.

La mano izquierda de Crobbins sostenía aún la cafetera metálica. Uno de los espasmos le hizo alzar al brazo. La cafetera tocó el grifo y se produjo un tremendo chispazo. El cuerpo de Crobbins fue despedido con indescriptible violencia. Chocó contra una mesa, la derribó y quedó en el suelo, completamente inmóvil.

—¡Dios mío, lo han electrocutado! —exclamó Hardon.

* * *

—Pareces el caballo de Atila —dijo burlonamente el teniente Ryne—. Por donde pasaba, no crecía la hierba. Tú, testigo que interrogas, testigo que se va al otro barrio.

—Esto no es cosa de broma —refunfuñó Hardon.

—Usted no le vio morir abrasado, como nosotros —terció Coral.

Estaban en el bar de Joey Cork. Ryne pidió cerveza.

—No es una muerte agradable —convino.

—Ninguna muerte es agradable —sentenció Hardon—. Pero quizá un hombre más joven hubiera podido resistir la descarga eléctrica. A fin de cuentas, sólo eran doscientos veinte voltios.

—Crobbins tenía ya setenta y tantos años —dijo el policía.

—Sí, eso lo mató, más aún que la electricidad. —Hardon miró oblicuamente a su amigo—. Te convencerás ahora de que Eunice es inocente.

—Una cosa es estar convencido de su inocencia y otra cosa es poder probarlo, Rex. Hasta ahora, no hemos adelantado nada.

—Salvo una cosa, «Toro».

—Dime, muchacho.

—El verdadero asesino tiene miedo.

Ryne hizo una mueca.

—Salta a la vista —admitió—. O no andaría por ahí, matando a la gente que puede comprometerle.

—Sí, así es. «Toro», ¿qué dice tu amigo de Los Angeles?

—Sigue investigando. Tiene que hacerlo fuera de su servicio, compréndelo.

—Desde luego. —Hardon arrugó el entrecejo con gesto pensativo

—. Me pregunto qué había recordado Crobbins repentinamente.

No tuvo tiempo de decirlo, pero, sin duda, debía ser importante.

—¿Lo crees así?

—Si no hubiese sido importante, ¿crees que el asesino se habría molestado en conectar un cable a la grifería del fregadero?

—Es cierto —convino el policía—. Tenía que ser algo importante... pero ¿qué era?

Hardon consultó su reloj.

—Seguiré pensando en otro momento —dijo—. Ahora tengo que marcharme.

—¿Adónde vas, Rex —preguntó Ryne.

—Tengo concertada una cita con Brandon Stemmes. Por si no lo sabías te diré que puede ser un sospechoso.

—¿Cómo?

—Vandelaert le hacía chantaje. Stemmes estaba harto y ya no podía pagar, pero Vandelaert no aflojaba. Un buen motivo para enviarlo al otro barrio, ¿no te parece?

—Stemmes es personaje importante en la ciudad —observó el policía—. Dudo mucho en que pudiera convertirse en un asesino.

—En este perro mundo, hoy en día, apretar el gatillo de un arma es la cosa más fácil que te puedas imaginar —contestó Hardon.

Coral y el policía quedaron solos.

—¿No se va con él? —preguntó Ryne.

—No, ya lo habíamos acordado así. Rex piensa que Stemmes hablará más si le ve llegar solo —respondió la muchacha.

—Esa entrevista es una pérdida de tiempo —sentenció Ryne—. Stemmes no es el asesino.

CAPITULO X

—De modo que usted piensa que yo he podido matar a Vandelaert.

—Yo no he dicho una cosa semejante, todavía —contestó Hardon, mientras aceptaba el cigarrillo que le ofrecía el dueño de la casa.

Stemmes sonrió. Era un hombre de mediana edad, con cabellos que ya clareaban en lo alto de la cabeza, de aspecto elegante y con expresión de seguridad en sí mismo. Vestía pantalones oscuros, batín corto de color vino tinto y pañuelo de seda azul, con diminutos lunares blancos. Displicente, puso su cigarrillo en una larga boquilla negra y sujetó ésta con los dientes, mientras juntaba sus manos a la espalda y separaba ligeramente los pies. Daba así un aire de superioridad total y Hardon no pudo por menos de sentirse incómodo.

—Pero podría decirlo —habló Stemmes al cabo.

—Hombre...

—Le seré franco. Estuve pagando chantaje mucho tiempo, sí, y no se trataba de una tontería. Diez mil mensuales, ¿qué le parece?

Hardon entornó los ojos.

—Debía de ser un asunto muy gordo —calculó.

—Lo era..., mejor dicho, lo parecía, hasta que se me ocurrió pensar que no merecía la pena seguir preocupándome por algo que no lo valía.

—A ver, explíquese, por favor.

Stemmes se quitó la boquilla de los dientes y sacudió displicentemente la ceniza en un cenicero cercano.

—Vandelaert era un pajarraco muy aficionado a entrar en la vida íntima de los demás. Tenía un buen servicio de información... y gente que trabajaba para él y rebaba documentos comprometedores: cartas, fotografías... En fin, usted ya me comprende.

—Sí, pero nada de esto se supo durante el juicio.

—Hay mucha gente a la que no le interesa se divulgue esta faceta de la vida de Vandelaert —contestó Stemmes—. En lo que a mí concierne, le diré que un día me harté fui a verle y le envié al diablo. Más o menos, le dije: «Muy bien, adelante, publícalo. Pasaré unos días de vergüenza e incomodidad, pero la gente acabará por olvidarlo. Y, qué diablos, ya tengo lo suficiente para no tener que trabajar...» Esto último se lo dije, para que viera que no me importaba que mis negocios se viesen en la ruina, si él publicaba lo que sabía de mí, ¿me entiende?

—Sí, pero, ¿cuál era el secreto?

—Una hija.

—Usted está casado.

—Pero la hija no es de mi esposa.

Hardon asintió.. La posición de Stemmes podía haberse visto comprometida. Era uno de los miembros más conspicuos de la *jet-society* de la ciudad y el escándalo habría sido inevitable.

—Un día —siguió Stemmes—, me percaté de que era un tonto y se lo relaté a mi esposa. Resultó mucho más comprensiva de lo que yo había pensado. Entonces, con su apoyo moral, fue cuando visité a Vandelaert y lo envié al diablo.

—Y él ya no publicó nada...

—¿Para qué, si no podía sacar más dinero? —Stemmes se echó a reír—. Señor Hardon, el día en que murió Vandelaert, mi esposa y yo estábamos en Las Vegas, Nevada. Allí me conocen bien y pueden confirmar mi declaración. Además, están las oficinas de la compañía aérea...

—Basta, no siga —sonrió Hardon—, Es una coartada irrefutable.

—Celebro que lo piense así. ¿Algo más, señor Hardon?

—No, eso es todo. Le quedo muy reconocido por su amabilidad al recibirme a estas horas.

—Al contrario, ha sido un placer.

Hardon su encaminó hacia la puerta. Cuando iba a salir, Stemmes llamó su atención:

—Señor Hardon.

—¿Sí?

—¿Se le ha ocurrido preguntarse que, puesto que yo no era el único chantajeado, y dado que para dedicarse a esta repugnante profesión, es necesario disponer de muchos documentos y fotografías, tiene que haber en alguna parte un escondite donde se guarden todos esos papeles comprometedores?

—Nunca se dijo nada acerca de la oculta «profesión» de Vandelaert —contestó Hardon—. Pero es una observación digna de ser tenida en cuenta.

Stemmes hizo un signo con la cabeza.

—Buenas noches, señor Hardon.

El periodista salió a la calle y respiró a pleno pulmón el fresco aire de la noche. Las declaraciones de Stemmes daban luz al caso, pero también lo oscurecía, porque si era cierto que Vandelaert había hecho del chantaje un productivo *modus vivendi*, entonces resultaba conveniente admitir que el número de sospechosos podía elevarse casi al infinito. Habría muchos ansiosos de librarse de la sangría que representaban las continuas exigencias económicas de Vandelaert.

—Pero sólo hay uno al que Eunice es capaz de encubrir con su silencio fue la conclusión a que llegó finalmente.

* * *

—Voy a hacerte una proposición —dijo Hardon al día siguiente, mientras almorzaba con Coral.

—Deshonesta, supongo.

—No, no es una proposición de ese tipo, porque, si no vas a aceptar, ¿para qué perder el tiempo?

—Ah, estar conmigo es perder el tiempo.

—No empieces con sofismas, demasiado sabes lo que quiero decir. Aunque, bien mirado, sí, se trata de una proposición deshonestas.

Coral le guiñó un ojo.

—Estás rabiando por llevarme a la cama, sátiro —dijo.

—No sería hombre si no lo deseara, pero, por ahora, me conformo con poder contemplarte.

—Vestida.

—¿Por qué no te desnudas?

—Aquí no puede ser. Estamos en un lugar público.

—Entonces, vamos a tu casa.

—Tampoco puede ser. Aún no han terminado las reparaciones de los desperfectos causados por la bomba.

—Entonces, esperaremos. ¿Qué ibas a decirme, Rex?

—¿Por qué no asaltamos la residencia de Vandelaert?

Coral pareció considerar la sugerencia.

—¿Como ladrones?

—Puesto que hablábamos de deshonestidad... Sin embargo, antes de hacer la incursión, quisiera hablar nuevamente con Eunice.

—¿Por qué?

—No se puede penetrar en territorio enemigo, sin una buena información. Francamente, no es aconsejable.

—¿Crees que ella puede decirte...?

—Al menos, lo intentaré.

Coral asintió.

—No es mala idea —concordó—. Y a mí se me ha ocurrido otra, Rex.

—Si es tan buena como la anterior —dijo él con sorna.

—No se trata de algo que pueda llevarse a la práctica. Es, diría yo, una idea especulativa.

—Aclárate, encanto —pidió Hardon.

—Es indudable que Eunice oculta a alguien. Si se trata de una persona, es evidente que debe quererla muchísimo para sacrificar su vida por ella, bueno, su libertad mientras viva. ¿No te parece?

—Sí, es cierto.

—Y, ¿a quién puede querer una mujer hasta ese extremo? ¿Un esposo? No está casada. ¿Padre, madre? Murieron hace años. Entonces, sólo queda una posibilidad, la clase de persona a quien una mujer querría más que a su propia vida.

Hardon parpadeó.

—Un hijo.

Coral asintió.

—Exactamente, Rex.

El periodista se rascó el mentón.

—Un hijo —repitió—. Y tiene que hallarse en una situación especialmente delicada, aunque quizá ni él mismo lo sepa, pero su porvenir podría verse comprometido si se divulgara la verdad.

—Tienes una mente privilegiada —sonrió Coral.

Hubo un momento de silencio. Luego, ella añadió:

—¿Por qué no vamos a preguntárselo a la interesada?

—¿Tú también?

—Sólo en lo que se refiere al hijo, Coral.

—De acuerdo, encanto.

* * *

—¿Chantajos? —repitió Eunice—. No, yo nunca supe nada... Si hacía algo, lo llevaba muy reservadamente. Nunca me dijo nada sobre el particular, ni hizo el menor comentario. En sus negocios yo no intervenía absolutamente, puedo asegurárselo.

—Es extraño —observó Hardon—, Un ama de llaves suele enterarse de muchas cosas concernientes a la persona a la cual sirve, por no hablar de situaciones más íntimas.

—Era amante de Vandelaert, sí, no hay por qué negar la evidencia. Pero yo no tuve la menor intervención en sus negocios.

—¿Nunca tuvo acceso a sus papeles reservados?

—Nunca se me ocurrió mirar detrás del cuadro que representa a un caballero inglés del siglo XVI.

Hardon ocultó una sonrisa. «Si esto no es una pista...», pensó.

Coral levantó uní mano.

—Señora Norgen.

—Dígame, señorita.

—Usted admite haber sido amante de Vandelaert.

—Nunca lo he negado —dijo Eunice.

—Tengo la impresión, señora Norgen, que no es usted persona que pueda llegar a determinadas situaciones, incluso contando con la liberalidad de hoy día en determinados aspectos.

—¿Qué quiere decir con eso, señorita Swill?

—Simplemente, que el señor Vandelaert la forzó a convertirse

en su amante.

—Oh, no...

—Sí —insistió Coral, implacable.

—¿Iba a forzarme, con la amenaza de una pistola?

—No, sino que empleó un arma mucho más efectiva.

Eunice sonrió.

—Vamos, señorita...

—Vandelaert la amenazó con divulgar la existencia de un hijo de usted.

El color se borró súbitamente de la cara de Eunice. Hardon supo así que la flecha lanzada por Coral había dado en el centro de la diana.

—¿Dónde está su hijo, señora? —preguntó Coral.

Las manos de la presa se abrieron y cerraron convulsivamente.

—No tengo nada más que decir —contestó con seco acento,

—Lo cual nos confirma en nuestras suposiciones —sonrió Coral—. Muchas gracias, señora Norgen. Rex, ¿alguna pregunta más?

Hardon fijó la vista en el rostro de Eunice, lívido, descompuesto.

—Sólo una cosa —dijo—. Señora, recuerde lo que le dije hace un par de días. En este mundo, todo se olvida muy pronto. Su secreto se divulgará y será un estallido, con mucho resplandor, pero ese resplandor durará escasamente veinticuatro horas. Después, la gente se habrá olvidado del asunto... como se ha olvidado ya del juicio y se olvidará de que usted va a pasar en la cárcel el resto de sus días. El posible perjuicio que ese escándalo pueda causar a su hijo, no compensa una condena de cadena perpetua.

Los labios de Eunice temblaron.

—No es sólo el perjuicio —admitió finalmente—. Sino que...

—¿Qué? —preguntó Coral con avidez.

—No, no hablaré —dijo Eunice, terriblemente descompuesta. De pronto se levantó y huyó precipitadamente en busca de la puerta que comunicaba el locutorio con el interior de la prisión.

Hardon y Coral se quedaron desconcertados unos momentos. Luego, al fin, el periodista reaccionó y asió a la muchacha por un brazo.

—Salgamos —dijo a media voz.

En el exterior de la prisión, aspiraron el aire fresco y contemplaron el sol que ya se hundía en el horizonte.

—No hay nada como la libertad —murmuró él.

—Sí, y Eunice está dispuesta a pasarse en la cárcel el resto de su vida. Un sacrificio muy meritorio, pero, ¿vale la pena?

—Quizá —dijo Hardon.

—¿Lo crees así?

—He estado pensando sobre el particular. Personalmente, creo que Eunice está convencida de que lo que le he dicho es cierto; escándalo hoy, pero olvido mañana. Sin embargo, hay una persona que no olvida.

—¿Quién, Rex?

—El asesino.

—No acabo de entenderte...

—El asesino sabe dónde está el hijo de Eunice y ha amenazado con matarlo si ella divulga la verdad.

Coral se quedó sin aliento al oír aquellas palabras.

—¡Dios mío! —exclamó—. Si supiéramos dónde está, podríamos esconderlo...

Hardon empujó a la muchacha hacia el automóvil.

—Puede que lo averigüemos si miramos lo que hay detrás del cuadro que representa a un caballero inglés del siglo XVI —dijo.

CAPITULO XI

Lógicamente, la casa estaba cerrada y completamente a oscuras. Hardon se había provisto de un destornillador, con el que pudo forzar el bastidor de una de las ventanas situadas en la planta baja. Abierto el paso, entró en la casa y se volvió para ayudar a la muchacha.

Coral, por su parte, vestía *pullover* y pantalones negros, con zapatillas de tenis. Una vez en el interior de la casa, Hardon corrió las cortinas y encendió la linterna que había llevado consigo.

El enorme vestíbulo aparecía silencioso, con el aspecto de una tumba faraónica. Vandelaert, pensó Hardon, había sido hombre muy pretencioso. Pero todo su dinero no había sido suficiente para ocultar su mal gusto.

Hardon, sin embargo, no estaba allí precisamente como crítico de arte. Seguido por la muchacha, avanzó cauteloso hacia la puerta que comunicaba con el gabinete privado de Vandelaert.

Al llegar allí asió el pomo y lo hizo girar lentamente. Torció el gesto; hacía falta un poco de aceite en la cerradura. Confió en que el chirrido no resultase demasiado fuerte. Y, a fin de cuentas, no había nadie más que ellos en la casa.

Empujó la puerta. El haz de rayos luminosos de su linterna se paseó por el interior del despacho, hasta detenerse en el cuadro indicado por Eunice. El caballero inglés del siglo XVI tenía un aspecto impresionante, con su lujosa vestimenta, en rojo y negro, el cuello de encajes y la espada de rica empuñadura de oro. Quizá, pensó Hardon, era la única nota de buen gusto en la casa. Quizá, siguió con sus especulaciones mentales, el cuadro, que se advertía era de una firma maestra, había sido conseguido por medio de un chantaje.

Avanzó hacia la pared y, con la mano izquierda, hizo girar el cuadro. Con gran sorpresa por su parte, vio que al otro lado no había más que un panel de madera, que formaba parte del recubrimiento de la pared.

—¡No hay caja fuerte! —exclamó.

—De todas formas, no hubiéramos podido abrirla —dijo Coral.

Hardon se sentía desconcertado.

—Entonces, ¿hemos perdido el tiempo?

Sobrevino un espacio de silencio. Hardon se preguntó si Eunice no había querido burlarse de él al indicarle el cuadro.

—Mira a ver en el reverso —sugirió Coral.

Hardon movió el cuadro un poco más hacia su izquierda. Entonces, se oyó un ligero chasquido y un panel de madera, de

unos cincuenta centímetros de lado, giró en sentido opuesto al cuadro, dejando a la vista un hueco practicado en el muro.

—Ah, no era una caja de caudales de tipo clásico —dijo Coral.

—No, no lo es, pero tampoco importa demasiado —contestó Hardon tristemente—. Está vacía.

Coral se puso de puntillas para mirar. Luego meneó la cabeza.

—Alguien se nos ha anticipado —murmuró—. ¿Quién, Rex?

—La pregunta sobra. El asesino, que está muy bien enterado de las cosas —gruñó Hardon—. Anda, vámonos, encanto; aquí ya no tenemos nada que hacer.

Hardon y la muchacha se dirigieron hacia la puerta, que cruzaron a los pocos instantes.

—¿Hemos perdido el tiempo? —dijo ella a media voz.

Hardon había cerrado ya la puerta.

—Al menos, hemos averiguado algo...

Un súbito ruido le interrumpió. Alguien había roto un cristal.

Hardon y Coral se miraron. El joven, tras unos segundos de indecisión, abrió la puerta de golpe y enfocó la linterna hacia el interior del despacho.

Al otro lado, las cortinas de una de las ventanas se movían ligeramente. Hardon echó a correr, alcanzó las cortinas y las apartó de un manotazo.

En la ventana había un crista! roto. Miró a través del hueco y alcanzó a ver a un hombre que corría a toda velocidad, con un saquete en la mano izquierda.

Pero fue una visión muy rápida. Casi en el acto, el individuo desapareció de su vista.

—Estaba aquí, con nosotros —adivinó Coral, a punto de desmayarse.

—Sí, oculto detrás de la ventana —dijo Hardon ceñudamente—. Llegó sólo unos minutos antes y vació la caja secreta.

En el suelo había vidrios rotos. Hardon se inclinó y pudo apreciar unas manchitas de sangre.

—El tipo nos oyó entrar y se refugió aquí —dijo—. Luego, al abrir precipitadamente, la mano le debió resbalar y rompió uno de los cristales.

—Eso no tiene sentido; pudo dejar la ventana abierta cuando entró...

—Quizá la cerró, para evitar que salieran ruidos —supuso Hardon—. Una cosa es indudable; nos ha burlado y ahora es el dueño de todos los secretos de Vandelaert.

—Que deben de suponer una mina de oro, ¿no te parece?

Hardon asintió. De pronto, Coral lanzó una exclamación, a la vez que flexionaba las rodillas.

—Mira, Rex.

Había un pape! en el suelo. Claramente se advertía que había sido doblado con precipitación y que se había caído de un bolsillo, en el que no había entrado del todo. Ella lo desplegó y leyó algo que le hizo parpadear de asombro.

—¿Será posible, Rex?

Hardon tomó el papel, lo leyó y asintió.

—Podríamos comprobarlo —dijo—. ¿Qué te parecería un viajecito a Santa Mónica, encanto?

—Eso está cerca de Los Angeles.

—Sí, justamente.

* * *

La madre María de la Encarnación miró sucesivamente a sus dos visitantes.

—No solemos dar información de las novicias —dijo, como respuesta a la petición de Hardon y Coral.

—Es un caso muy importante, reverenda madre —alegó el periodista—. Habrá leído los periódicos, sin duda.

—Sí, y compadezco enormemente a la señora Norgen, y pido a Dios por la paz de su alma —contestó la superiora del convento.

—¿Lo sabe su hija?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no se presenta...?

—Señor Hardon, ¿de qué serviría la declaración de la hermana Augusta? Ella puede decir que su madre es inocente, pero ¿puede probarlo? Si la señora Norgen quiso guardar el secreto, nosotras no podemos quebrantar su voluntad, máxime cuando, repito, no estamos en condiciones de probar su inocencia. Su hija, la hermana Augusta, profesará muy pronto. Pronunciará sus votos perpetuos, por haber renunciado al mundo y a sus pompas y vanidades. Ella, como yo, confía en el Señor... y en que alguien, al fin, logrará demostrar que su madre es inocente.

La superiora sonrió.

—¿O no lo están intentado ustedes? —añadió.

—Es que, además, hay otras complicaciones, reverenda madre —dijo Coral.

—Dígame, señorita Swill.

—La hermana Augusta corre peligro de ser asesinada.

—¡Pos Dios! —exclamó sor María de la Encarnación—. ¿Aquí, en el convento?

—Para los que causan el mal, no hay lugares sagrados. Reverenda madre, si no fuera por ese temor, ¿no cree que la señora Norgen habría pronunciado ya el nombre del verdadero asesino?

La monja asintió.

—Tendré que avisar a la Policía —dijo.

—Hágalo con discreción, madre —aconsejó Hardon. Meneó la cabeza—. Y yo que llegué a pensar que el hijo, o la hija, porque entonces aún no sabíamos si era hombre o mujer, podía estar a punto de contraer un matrimonio ventajoso, que el escándalo podría haber arruinado.

—El matrimonio que se contrae aquí jamás se ve afectado por ningún escándalo —sonrió la superiora—. A nuestro Divino Esposo no le importa lo que pueda pasar en el mundo externo; sólo quiere que le amemos con todas nuestras fuerzas.

—Sí, tiene usted razón, madre —convino Hardon—. Pero no deje de avisar a la Policía.

—Lo haré, descuide.

Hardon se puso en pie. Coral miró en torno suyo, las desnudas paredes blanqueadas, los muebles oscuros, el severo crucifijo que había sobre la mesa, la gran ventana, con reja, que daba al jardín, estallante de flores, las altas palmeras...

—Esta paz, esta tranquilidad —murmuró—. Les envidio a ustedes, madre.

—Aquí vivimos alejados de las tentaciones mundanales. Algunos piensan que es una vida monótona, pero el amor a Nuestro Señor hace inexistente tal monotonía y, en cambio, nos llena de paz y felicidad.

—Augusta Norgen supo encontrar su verdadero camino —dijo Hardon.

—Es una decisión que ha madurado durante años enteros. Ahora está completamente preparada para pronunciar sus votos perpetuos —dijo sor María de la Encarnación.

—Una última pregunta, madre.

—¿Sí, señor Hardon?

—La señora Norgen vino muchas veces a este convento, acompañada en alguna ocasión por el señor Vandelaert. ¿Sabe si en los últimos tiempos mencionó algo acerca de llevarse a su hija consigo?

—El señor Vandelaert dijo, en una ocasión, que era una locura que una chica joven estuviese encerrada aquí como una reclusa y que lo que le convenía era salir y vivir su vida. La hermana Augusta rechazó contundentemente la menor sugerencia en tal sentido.

—Gracias, madre —sonrió Hardon.

Momentos después, cruzaban el jardín acompañados por la superiora. Al fondo, dos monjas, muy jóvenes, reían alegremente mientras podaban unos rosales.

—La más alta es la hermana Augusta —indicó la superiora.

Hardon miró un instante a la novicia. Sí, era el vivo retrato de su madre.

Y viendo la felicidad de que disfrutaba aquella muchacha, que pronto iba a consagrarse como esposa del Señor, pensó en la terrible congoja que debía de haber sufrido Eunice Norgen y en los enormes esfuerzos que hacía para que su hija fuese dichosa siguiendo el camino que había elegido.

Pero si encontraban al asesino, los sufrimientos de la madre habrían cesado definitivamente.

* * *

—La señora Norgen nunca estuvo casada —dijo el teniente Ryne—. Su hija nació de la relación habida con un hombre que veinte años atrás, ya era maduro. Dedicado a la política, se hallaba en una situación preeminente, y el escándalo habría arruinado su carrera. Eunice fue siempre un poco mansa, por demasiado apacible, y aceptó la situación, hasta que la niña, que ahora tiene diecinueve años, empezó a tener los años suficientes para comprender las cosas.

»Por aquella época, el padre murió. Eunice quedó en una situación crítica, aunque tenía algunos ahorros y pudo montar una "boutique", que si prosperó en los primeros años, luego empezó a declinar, hasta el punto de verse obligada a cerrar. Eso ocurrió cuando Augusta tenía unos trece años. Entonces fue cuando Vandelaert contrató a la madre como ama de llaves. El tipo debía saber algo sobre el asunto, pero había llegado demasiado tarde para sacar tajada. A la familia no podía pedirle nada, porque hubieran afrontado el escándalo y el padre de Augusta, muerto, no podía satisfacer las demandas de Vandelaert. Pero Eunice era, es, una mujer guapísima, y Vandelaert se encaprichó de ella.

«Primero, como es lógico, le ofreció el empleo. Después la convirtió en su amante, amenazándola con divulgar su secreto. Augusta estaba ya educándose en el convento y Eunice cedió para evitar males mayores. Hasta aquí es todo lo que he podido averiguar, incluyendo, como es lógico, el nombre del padre de Augusta, cosa que ya no tiene la menor relación con el asunto.

—En cambio —dijo Hardon, después de las explicaciones de su amigo—, no has logrado averiguar que Vandelaert quería que la chica abandonase el convento. Eunice se oponía a ello radicalmente, no sólo porque conocía la vocación religiosa de Augusta, sino porque se daba cuenta qué era lo que había realmente tras la petición de Vandelaert.

Ryne entornó los párpados.

—Empezaba a cansarse de la madre y quería ahora a la hija —murmuró.

—Y eso explica que Eunice se pusiera como una fiera cada vez que él mencionaba el asunto. Se comprende, era el único tema en que no estaba dispuesta a ceder, el único asunto que la hacía perder los nervios y convertirse en una tigresa,

—Podría justificar el asesinato —dijo Ryne pensativamente.

—Pero ella no lo hizo. Y, más que por el escándalo, calló cuando el asesino la amenazó con matar a su hija. Esto era más de lo que podía soportar y por eso se acusó de la muerte de Vandelaert,

—Entonces, no nos falta más que encontrar al verdadero asesino.

—Exactamente, «Toro».

—Cosa que no va a resultar fácil —terció Coral—. Una persona lo vio y está muerta. Y al que lo conoce y está viva, no quiere hablar,

Ryne se acarició el mentón.

—Me parece que iré a hablar con Eunice —dijo.

—Ya no puedes hacer nada; el caso, oficialmente, está cerrado —avisó Hardon.

—Un caso cerrado se puede reabrir —contestó el policía—. Hablaré con mi jefe y le expondré todo lo que sabemos. Entonces tendré razones de sobra para obligar a Eunice a que me diga la verdad, sabiendo que su hija está protegida. Y lo estará más, si da el nombre del asesino y lo podemos detener.

Ryne abandonó el taburete. Cork había escuchado parte de la conversación y dijo:

—Rex, te vas a salir con la tuya.

—Siempre pensé que Eunice era inocente —sonrió el joven.

—Entonces, ahora podrás escribir el verdadero relato del crimen.

—Cuando el asesino haya sido desenmascarado, no antes. Y eso suponiendo que mi jefe quiera readmitirme.

—Con el éxito que vas a tener, continuar manteniendo el despido sería de tontos —dijo Coral.

—Kittington es muy terco, cuando se lo propone —respondió el joven—. Joey, ¿qué te debo?

Cork contó rápidamente las consumiciones.

—Dame uno setenta —pidió.

Hardon metió la mano en el bolsillo y sacó unas monedas. Entonces, sin que se diera cuenta, se le cayó un papel al suelo.

—Eh, mira lo que se te cae —advirtió la muchacha.

Hardon se inclinó y recogió el papel.

—Ah, es la dirección de Stemmes —dijo—. Bueno, como ya hemos estado con él...

De pronto, se calló y quedó con la vista fija en el trozo de papel en el que figuraban el nombre y las señas de Brandon Stemmes. Coral se sintió muy intrigada al ver la expresión que parecía en la cara del joven.

—Rex, ¿qué sucede? —exclamó.

El joven se separó del mostrador.

—Joey, quédate la vuelta.

—Gracias, Rex.

Coral echó a correr detrás de Hardon.

—Rex, por favor, ¿no quieres decirme nada? ¿Adónde vas ahora?

—A casa.

—Pero si no está habitable...

—Es que sólo voy a buscar una cosa que tengo allí. Después, comprobaré si mis sospechas son ciertas.

Ella comprendió y se puso una mano en la boca. —¡Has identificado al asesino! —exclamó.

—Sí —confirmó Hardon ceñudamente.

CAPITULO XII

Hardon detuvo su coche junto al bordillo y saltó al suelo. Luego atravesó la acera y remontó el sendero enlosado que atravesaba el césped del jardín, a cuyo fondo se veía un automóvil parado frente a la puerta de un garaje, evidentemente no utilizado.

Coral le seguía, conteniendo difícilmente sus nervios. Hardon llegó al coche, abrió la portezuela, se sentó en el asiento del conductor y, tras poner la palanca de cambios en punto neutral, dio el contacto, mediante la llave que su dueño había dejado puesta.

Después de arrancar el motor, aceleró fuerte tres o cuatro veces. Satisfecha, se apeó del automóvil, en el momento en que se abría la puerta de la casa.

Un hombre, armado con un revólver, apareció en el umbral.

—Deja ese coche, maldito ladronzuelo o... ¡Pero si es usted, Rex! —exclamó Kittington—. ¿Qué diablos hace a estas horas en mi casa?

—¿Puedo hablar con usted, jefe? —solicitó el joven.

—Claro, hombre. Ah, no viene solo —sonrió Kittington.

—Si no le importa que Coral me acompañe...

—Por supuesto. Entre, se lo ruego. Ah, y dispensen el revólver, pero al oír el ruido, pensé en lo peor.

—Puede quitar las llaves del coche, jefe.

—Bah, de todos modos, no tiene importancia. Es un modelo ya viejo y aunque le tengo cariño, lo cambiaré cualquier día de éstos. Mi mujer tiene uno de último modelo, aunque ahora está en casa de su hermana, en San Diego.

Ya habían entrado en la casa. Kittington fue al aparador de los licores, dejó allí el arma y destapó una botella de whisky.

—¿Y bien, qué sucede?

—Sé ya quién mató a Vandelaert, jefe —declaró el joven—. Por eso, antes de publicarlo en el periódico, he venido a que oiga usted el relato de ese crimen.

—Será interesante, en efecto. —Kittington entregó sendos vasos a sus visitantes—, ¿Quién es el asesino, Rex?

—Estaba sujeto a chantaje por Vandelaert y no podía soportar ya sus exigencias económicas. Por eso fue a verle a su casa y le pegó un tiro. No fue Eunice, como se ha dicho y ella misma ha admitido, sino otra persona, víctima, repito, de Vandelaert. Claro que el asesino, si bien mató por motivos que podrían tener alguna justificación, pensó que lo mejor era que otra persona cargase con las culpas. Y esa persona no podía ser otra que Eunice Norgen. El chantajeado, a su vez, hizo chantaje, para no ser acusado del

crimen.

—¿Cómo hizo el chantaje, Rex? —preguntó Kittington.

—El asesino estaba enterado de ciertas particularidades de la vida de Eunice, aunque hasta ese momento no hubiera obtenido provecho de sus conocimientos. Pero cuando mató a Vandelaert, se dijo que le convenía que Eunice apareciese como culpable.

—Si conocía algún secreto de esa mujer, su comportamiento parecía lógico. Pero ¿cuál era el secreto?

—El asesino fue a casa de Vandelaert, a entrevistarse con éste y a pedirle que cesara en sus chantajes. Probablemente, estaba también desesperado y dispuesto a todo. Vandelaert, seguramente, se negaría y entonces el asesino hizo fuego, apenas un segundo antes de que Eunice entrara en el despacho. Todo debió ocurrir con tremenda rapidez. El asesino fue muy parco en palabras, pero para Eunice resultó más que suficiente, cuando le dijo que o aceptaba cargar con las culpas o haría matar a su hija.

»Inmediatamente, escapó, pero fue visto desde su ventana por Cobina Coultee. Y aunque Cobina bajó al despacho y encontró a Eunice con el arma en la mano y la oyó declararse culpable, después, reflexionando, llegó a la conclusión de que ella no había matado a Vandelaert, sino el hombre a quien había visto cruzar el jardín a la carrera, por su parte posterior. Entonces fue cuando decidió procurarse su tajada en el pastel y, de alguna forma, se puso en contacto con el asesino y consiguió que éste le diera diez mil dólares, de los que tuvo muy poco tiempo para disfrutar, porque fue asesinada, para evitar que hablase.

»Es indudable —prosiguió Hardon, sin tomarse un momento de respiro—, que Cobina no inició su chantaje inmediatamente, sino cuando vio que Eunice iba a ser ya condenada. Por eso murió semanas más tarde, lo mismo que su amigo Alex Blake, quien debía de saber algo o, al menos, el asesino creía que lo sabía, lo cual a sus ojos, le convertía en un enemigo potencial al cual era preciso eliminar, como así sucedió. Pero ello no era suficiente y había todavía más peligros, por ejemplo, el que representaba Ned Crobbins. Sí, el asesino sabía mucho de Vandelaert y de las personas que le rodeaban, pero no tenía pruebas que le permitieran contrarrestar el chantaje. Por tanto, decidió eliminar también a Crobbins, el cual murió electrocutado, al abrir el grifo del fregadero, conectado a un cable eléctrico.

»En fin, el asesino no se sentía aún tranquilo y fue a casa de Vandelaert, de la que se llevó todos los papeles y documentos comprometedores que el muerto guardaba en un escondite secreto. Nosotros estábamos allí, pero no supimos verle y así pudo escapar, dejándonos con un palmo de narices.

—Muy bien, un relato lleno de cohesión, pero al que le falta un detalle fundamental, sin el cual no tiene el menor mérito —dijo Kittington—. ¿Quién es el asesino?

—Usted —contestó Hardon calmamente.

* * *

Sobrevino un intervalo durante el cual sólo se oyó el gorgoteo del licor de la botella al caer en un vaso. Luego, por encima de su borde, Kittington miró al joven.

—Tiene usted mucha fantasía, Rex —sonrió.

Hardon metió la mano en el bolsillo y sacó un papel y una fotografía.

—Usted me escribió la dirección de Stemmes, para desviar mi atención y lo hizo en letras mayúsculas, unos caracteres absolutamente idénticos a los del mensaje que escribió en el espejo del baño, con un lápiz de labios, mensaje del que tomé una fotografía, porque podía resultarme útil algún día. Quédese la fotografía, conservo el negativo.

Kittington frunció el ceño.

—¿Qué más? —preguntó con voz ronca.

—Su tacañería, que es proverbial, aunque quisiera disimularlo, pagándonos una cena. No hablaré de los diez mil dólares que recuperó de casa de Cobina, porque a cualquiera le hubiera gustado recobrarlos, sino de su coche viejo y asmático, que no quiere cambiar por avaricia. Hay una mujer que está viva, Stella Forbes, cocinera de Vandelaert, quien, si no le vio a usted, sí oyó el ruido del motor cuando arrancaba, después de cometido el crimen.

Kittington emitió un juramento de furor.

—Yo también oí ese mismo ruido, después del asesinato de Blake —siguió Hardon—. Y lo he comprobado hace unos minutos. Su tubo de escape no funciona satisfactoriamente y hace demasiado ruido, pero usted no se ha preocupado nunca de enviarlo al mecánico. Y, ¿con qué se cortó la mano izquierda?

Instintivamente, Kittington levantó la mano señalada, en la que se veía una tira de esparadrapo, cubriendo parcialmente el filo. En la misma postura, miró al joven.

—No tuve suerte contigo —reconoció.

—Desde el primer momento, usted ya no quería que buscase las pruebas de la inocencia de Eunice. ¿Cómo podía desearlo, si era usted el asesino? Pero, dígame, ¿por qué mató a Crobbins?

—El sabía que Eunice tenía cierta relación con el convento de la Santísima Sangre del Señor, en Santa Mónica. Un par de veces, había cogido el teléfono para atender la llamada de la superiora,

que deseaba hablar con Eunice.

—Nosotros lo supimos por el papel que estaba en el escondite de los documentos y que se le cayó a usted con las prisas de escapar —dijo Mardon.

Kittington se pasó una mano por la cara, cubierta de una brillante película de sudor.

—Maldito, maldito Vandelaert... —jadeó—. Tenía que matarle y no lo lamento... Era un repugnante bastardo... Yo tenía que pagarle cinco mil dólares mensuales y ya estaba abocado a la ruina... Ya no podía seguir atendiendo sus exigencias, ¿lo comprenden?

—Si le hacía chantaje, era porque usted había cometido alguna acción irregular —dijo Hardon serenamente—. Por tanto, no tenía que cargar a otra persona con sus culpas. Al pretender que Eunice se declarase culpable, usted se ponía a la altura de Vandelaert.

—Pero ¿por qué le extorsionaba? —quiso saber Coral.

Kittington rió agriamente.

—El lema de *El Globo* es «Nunca decimos mentiras». Eso no es cierto. Hace pocos años, se publicó un reportaje sobre cierto personaje de relieve. Fue un reportaje amañado, con pruebas falsas que, no sé cómo, llegaron a manos de Vandelaert. Entonces, me amenazó con decir la verdad. Habríamos tenido que pagar una indemnización enorme; yo me habría visto en la calle, si no en la cárcel... —Volvió a pasarse la mano por la cara—. El reportaje se publicó contra un rival político, cuya carrera quedó así cortada. Vandelaert tenía montada una excelente red de información y confidentes. El mismo periodista que hizo el reportaje, a petición mía, le vendió luego las pruebas...

—Vandelaert era un repugnante personaje, pero usted no ha resultado mejor —acusó Hardon—. Se registrará su casa, se encontrarán las pruebas adecuadas, aparte de lo que hemos descubierto Coral y yo; Eunice será declarada inocente y éste será el final del relato de un crimen.

—No, no acabará así —gritó Kittington. De pronto, alargó la mano hacia la consola—. Voy a marcharme ahora mismo. No intenten cerrarme el paso, ¿entendido?

Hardon entornó los ojos.

—La policía hará pruebas de balística —dijo—. Comprobará que los proyectiles que salieron de ese revólver, causaron la muerte de Cobina y de Blake. Eso... sin contar la muerte de Rhoda Short, usted sabe bien cómo sucedió.

Avanzó un paso y extendió la mano.

—Déme el arma —pidió.

Coral se puso una mano en la boca. Estaba a punto de chillar,

pero sabía que el menor sonido podía hacer estallar los nervios de Kittington, ya completamente desquiciado,

—No —dijo el asesino, con los ojos extraviados—. Déjame pasar...

—Kittington, será mejor que tire el arma —sonó de pronto la voz del teniente Ryne.

El asesino se volvió hacia la puerta y apretó el gatillo. Ryne hizo fuego a su vez. El impacto hizo retroceder a Kittington, hasta que chocó con la consola. Estuvo un momento inmóvil y luego empezó a girar a un lado, barriendo con el brazo las copas y las botellas. Hubo una serie de estallidos de vidrios rotos y luego volvió el silencio.

Hardon contempló a Kittington, derrumbado en el suelo, y meneó la cabeza. Ryne, seguido por un par de agentes de uniforme, entró en la casa.

—Me avisaron un poco tarde —se disculpó.

—Has llegado a tiempo, «Toro» —dijo Hardon.

—He hablado con Eunice. Por fin se ha decidido a contarlo todo —manifestó el policía.

Hardon hizo un gesto con la cabeza.

—Nos veremos, «Toro» —se despidió.

Coral salió tras él.

—Rex —llamó.

—¿Sí?

—¿Qué piensas hacer ahora?

Hardon arrugó el entrecejo.

—Todavía no sé nada de ti, excepto que eres detective privado... Pero sólo porque lo dices tú.

—Lo soy. —Coral levantó el mentón—. Un cliente me encargó investigar el caso. También era chantajeado por Vandelaert. Pensó que quizá conseguiría algo, hablando con las personas que habían tenido que ver en el caso... y mi padre aceptó que me ocupara del asunto, porque estimó que podía resolverlo satisfactoriamente.

—¿Tu padre? —se asombró él.

—¡Claro! ¿Te crees acaso que he nacido de un huevo? Es el director de la agencia de investigaciones y yo uno de sus colaboradores. —Coral abrió su bolso, sacó una tarjeta y se la entregó—. Aquí tienes, Rex; cuando quieras algo de la Agencia Swill, ya sabes dónde encontrarnos.

Coral se dispuso a marcharse, pero Hardon alargó la mano y la asió por un brazo.

—Espera un momento, chica —dijo—. ¿Qué tal genio tiene tu padre?

—¡Horrible! Cada vez que un pretendiente ya a casa, él descuelga

la escopeta y lo hace huir a tiro limpio.

—Entonces, vamos a tu casa. Pienso agarrar esa escopeta y retorcérsela alrededor del cuello, si no me concede tu mano.

Coral le guiñó un ojo.

—Mi padre te concederá mi mano. Yo... el resto —contestó.

* * *

Cuatro semanas más tarde, Hardon entró en su casa. Coral estaba en la cocina, con el delantal puesto, ocupándose de la cena.

—Cariño, mañana nos vamos a Santa Mónica —dijo, a la vez que le enseñaba un sobre.

—¿Qué es eso? —preguntó la flamante señora Hardon.

—Una invitación para la toma de hábito de sor María del Divino Amor.

—No conozco a ninguna monja que se llame así —dijo ella.

—Su nombre, en el mundo, es Augusta Norgen, y la invitación viene de su madre.

Coral asintió.

—Iremos —murmuró—. Será una ceremonia emocionante.

—Sí, seguro.

—Y luego, el nuevo director de *El Globo* me ha encomendado un reportaje, para el que necesitaré, seguramente, los servicios de la Agencia Swill.

—Te has convertido en un hombre famoso, Rex —sonrió la muchacha.

—Me he convertido en algo mucho más agradable: en tu esposo —dijo Hardon, a la vez que la abrazaba apasionadamente.

F I N

**¡En calidad de novedad
exclusiva!**

M. L. ESTEFANIA



El mundialmente famoso
autor brinda a sus
lectores la posibilidad
de saborear sus mejores
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y
OESTE
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval
de emoción! Y atención:
¡Son primeras ediciones!**

**Asegure
su
ejemplar**

**EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO
EN ESPAÑA 30 PTAS.**

Impreso en España